

**Un texto de
EDGARD MORIN
analizado por
ALBERTO KOHEN**



UN MANIFIESTO PARA LA HUMANIDAD

**El debate de la izquierda
entre la nostalgia y el cambio**

**Un texto de
EDGARD MOHIN
analizado por
ALBERTO KOHEN**

Comentario crítico de
EDUARDO LUIS DUHALDE

**UN MANIFIESTO PARA
LA HUMANIDAD**

***(El debate de la izquierda:
entre la nostalgia y el cambio)***



Buenos Aires 1999

**UN MANIFIESTO PARA
LA HUMANIDAD**
**El debate de la izquierda
entre la nostalgia y el cambio**
Un texto de **Edgardo Morín**
analizado por **Alberto Kohén**

Tesis 11 Grupo Editor
80 págs. - 14x20 cmts.

I.S.B.N N°:987-9207-07-6

Diseño gráfico de interior y tapa
Ricardo Souza

TESIS 11 GRUPO EDITOR
Av. de Mayo 1370. Piso 14. Of. 355/56 - C.P. 1362
Buenos Aires - Argentina
Tel/Fax 4383-4777
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina
Buenos Aires 1999

Alberto Kohen el buscador de pistas

El libro que nos presenta Alberto Kohen tiene tres trabajos propios que pueden y deben ser leídos como uno solo y una transcripción sintetizada de *A la búsqueda de los fundamentos perdidos*, de Edgard Morin. El volumen se abre con una introducción de Kohen sobre los *Comentarios para una política de izquierda*, el texto de Morin. (A nuestro juicio, no está de más echar un vistazo previo al trabajo del ensayista francés). Cierran el libro *Proyectar desde la izquierda* (enero de 1999) y un bello *Manifiesto del Siglo XXI*.

De cualquier modo Kohen, como en el caso de los clásicos, puede ser abierto desde cualquier página, pues sus trabajos, en la última década, lo presentan como un persistente buscador de pistas.

Y él lo admite con variadas reflexiones donde el común denominador es su resistencia al absurdo, a lo obvio, a lo taxativamente superado.

Kohen dispara su pensamiento a partir de haber experimentado caminos y también encontrado vías sin salida. Busca cambiar, pero también se revela conservador, pues no ha mutado en su Norte: así lo asume en su *Manifiesto...* donde entreteje su esperanza por un mundo mejor, "que aunque no sea tan perfecto como se pensaba, será por lo menos mejor". O sea, un buscador de porvenires humanizados. Tarea poco fácil: este siglo ha producido más cambios que cinco mil años de historia escrita y Kohen ha acompañado al siglo en algo más que la mitad. Lo hizo con plena lucidez intelectual y una efectiva militancia en cada uno de sus complejos pliegues. Ahora, cuando se produce esta espectacular transformación en la bisagra del XX y XXI,

Kohen insiste en marcar posiciones, en no permanecer sin decir lo suyo.

La mirada inmediata sobre la historia y con nosotros mismos dentro de ella, golpea muy duro. Le duele a Kohen la gran tragedia del socialismo en la experiencia soviética y la de sus pares. Proximidades imposibles de sortear y de obligada asunción y es posible que en el examen de estas immediateces, por su intimidad ideológica, contengan asimetrías de enfoque, en general pesarasas. Las mismas que tienen tantos *jueces y fiscales* desde el costado capitalista, donde parece que la historia se deslizó entre pajaritos y peces de colores.

Sin duda son muchas las instancias que inundan este siglo tumultuoso, tan brillante como ominoso. Siglo con tan grandes conquistas científicas y culturales como agujeros negros sintetizados por palabras como fascismo, guerra civil española, procesos de Moscú, Munich, Auschwitz, apartheid, Hiroshima, Vietnam, gulag, refugiados, desaparecidos, exclusión social.

Todo demasiado cerca. Aun así, recordemos a José Ingenieros en 1920 con sus *Ideales viejos e ideales nuevos*, o *Significación histórica del Movimiento maximalista* y, más aún, *La democracia funcional en Rusia*. Seguramente al ilustre médico-sociólogo no se le escapaban entonces miserias revolucionarias como el Terror jacobino que se llevó a las principales cabezas de 1789. También conocía que en aquel gran escenario, la Comuna de París en el Valle del Ródano, ejecutó drásticamente a 30 mil personas con la respuesta feroz del reaccionario Versalles que triplicó las ejecuciones de comuneros.

(Cómo sortear la ignorancia intrínseca de los hombres, algunos de ellos, como don José Stalin, que en su paroxismo dogmático hizo de la dialéctica de la Historia, un caso particular de las "leyes generales" de la dialéctica de la Naturaleza. Algo así había sucedido cuando Descartes intentó aplicar las leyes de la mecánica al comportamiento animal y La Mettrie al comportamiento humano. Pero ellos no eran hombres de Estado).

Por duro que resulte el recordatorio añádanse otras hazañas: la conquista de América condujo al exterminio del 80 por ciento de la población del continente y la trata de negros traídos del Africa, entre 10 y 20 millones de esclavos, implicó la muerte en el largo viaje de 10 cautivos por cada trasladado (Lo que representa ente 150/200 millones de hombres exterminados). Eso sí: la nueva América construyó una nueva modernidad, el capitalismo. Y produjo una formidable y en gran parte maravillosa revolución cuyas ondas nos llegan con fuerza de dominación -vía FMI, OTAN o Banco Mundial, entre tantas-, hasta nuestros días.

¿Relativismos históricos? Posiblemente. Pero no deben obviarse esos hitos, como no puede trabajarse en esta materia con cortes especiales y al gusto: siempre existe otra parte; un antes y un antes de antes. Explicar, situar, relativizar los hechos, no significa auspicarlos ni absolverlos.

Kohen indaga en esto y busca el cambio de la conciencia en un tiempo de tormenta. Trata que ésta surja de una profunda reflexión, evitando la desesperación o el absurdo al que apelan, probablemente con honestidad, otros buscadores.

Para esa búsqueda, seguramente sin fin, Kohen cuenta con nuestra apasionada adhesión.

Sabemos que la necesita pues quien se sumerja en este volumen verá a un ser despojado de vallas mentales y también un intelectual audaz que aspira a ajustar cuentas con el gran tribunal de la humanidad. Y muy posiblemente, consigo mismo.

Norberto Vilar (junio 1999)

Sobre Edgar Morin

El filósofo, poeta y sociólogo francés es uno de los pensadores contemporáneos de mayor reconocimiento internacional. Sus obras no se agotan en las fronteras de ninguna disciplina en particular y, como él mismo lo ha admitido, su espacio de trabajo es intercategorial. Desde esta premisa la trayectoria de Morin evitará los planteos cerrados y reduccionistas. A partir de sus primeros trabajos descubre que para entender cualquier problema es necesario articular los distintos niveles desde la perspectiva de la complejidad. Pero la complejidad no es simple complicación. Lo que es complicado puede ser reducido a principios simples, a partículas elementales. Pero la complejidad no puede reducirse a elementos primarios, simplemente porque la complejidad está en la base. Y lo simple no es más que un momento arbitrario de abstracción. Frecuentemente lo acusan de optimista y eso le divierte pues siempre se autoconsideró un "crítico de la sociedad". Aún así, ha declarado que "la vida le enseñó a esperar lo inesperado y buscar los espacios de ilusión en medio del escepticismo". Sobre el marxismo sostiene que "es evidente que ha sido superado, pero que no lo ha sido por una concepción mayor y más poderosa. Por supuesto que hay muchos fragmentos del pensamiento de Marx que permanecen vivos: la aspiración a más libertad, a más solidaridad, a un mundo mejor, al desarrollo humano: esta aspiración no ha muerto. Pero para concretar esta esperanza, Marx llevó adelante una gran investigación. Marx creía que la ciencia era la certeza. Hoy sabemos que la ciencia es ante todo hipótesis, porque ninguna teoría científica es segura. Por otra parte se sabe que el desarrollo de las ciencias

Un manifiesto para ta humanidad

más avanzadas lleva a misterios formidables, mientras que hace un siglo se tenía una visión mecanicista, determinista del mundo".

Nacido el 8 de julio de 1921 Morin es licenciado en historia, geografía y derecho. Es doctor honoris causa en más de veinte universidades de Europa y los Estados Unidos, dirige el Centro Nacional para la Investigación Científica de Francia y preside la Asociación Internacional para el Pensamiento Complejo. Ha visitado la Argentina en varias oportunidades. La última en abril de 1999 invitado por la Secretaria de Prevención y Asistencia a las Adicciones de la provincia de Buenos Aires y la Universidad del Salvador (USAL).

Morin participó en la Segunda Guerra mundial como miembro de la Resistencia, en tanto era militante del Partido Comunista francés. En 1945 fue designado agregado del Estado Mayor de la Armada francesa en Alemania. Luego de ocupar el cargo de responsable de la Oficina de Propaganda de la Dirección de Informaciones del gobierno militar francés en Alemania, regresó a su país a la tarea universitaria.

En 1950 fué excluido del PCF por disidencia en la política cultural de la agrupación. Actualmente no participa en ninguna actividad política pública.

N.V.

Comentarios de un texto para una nueva política de izquierda

Alberto Kohen. Diciembre de 1998

En comienzos de 1998, leí un texto que me atrapó por su capacidad creativa en medio de la ausencia de ideas generales y concretas para refundar una nueva política de izquierda basada en fundamentos teóricos superadores. Al terminar ese año, pergeñaba este comentario persuadido de que era posible emprender en la Argentina una tarea refundacional desde la izquierda, y que el mundo, cuyo centro sigue siendo Europa, con el reciclaje socialista y la política social de los demócratas en los Estados Unidos de América, estaba en condiciones de encontrar una auténtica tercera vía, frente a los carriles recorridos hasta ahora. Al promediar el 99, y mientras repaso estas líneas, y veo como los gobiernos laboristas, socialistas y socialdemócratas de Europa aprueban los bombardeos de la OTAN onnipotente, que sacrifican vidas y reducen a escombros pueblos y ciudades en Yugoslavia, invocando razones humanitarias; entonces, el pesimismo se apodera de mi espíritu, y creo que se acortan todos los plazos para cualquier emprendimiento refundacional civilizador y humanitario.

La izquierda quedó atrapada entre la limpieza étnica y los bombardeos.

Frente a la cruzada humanitaria, verdadera "homogenización civilizadora" por la fuerza de la OTAN, se hace muy difícil repensar una alternativa cultural y política de paz y libertad.

Realmente pareciera que la humanidad se debate entre una barbarie conocida y una civilización que puede proyectarse con una crueldad desconocida, por encima de todas las regulaciones jurídicas y morales establecidas.

No quedaría otra alternativa que, solidaridad o barbarie.

Un manifiesto para la humanidad

Estamos realmente en la "edad de hierro planetaria" que suscita Edgar Morin, y no sabemos si podremos salir, ni como.

En el último año de un siglo tormentoso, la humanidad enfrenta un problema nuevo. La necesidad de imponer el respeto a la vida y a la dignidad humana como patrón ético de medida en las relaciones personales, grupales, estatales, étnicas, o tribales; como valores ineludibles en la paz como en la guerra.

Los casos de Yugoslavia y Ruanda son paradigmáticos.

Me pareció importante dar a conocer y comentar las ideas principales del filósofo francés. Algunos temas aún requieren una elaboración más completa.

Del marxismo habíamos extraído como norma de conducta esencial, la Tesis XI de Marx sobre Feuerbach, en el sentido de que, más que interpretar el mundo había que transformarlo. Era nuestra lectura. Y atribuimos a las leyes económicas el carácter determinante de la vida social, aunque no exclusivas; el papel de base de los cambios en la sociedad.

La concepción transformadora del mundo, y de la sociedad, se establecía a partir del lugar del hombre en la sociedad económica, y no se lo veía en todos los niveles de su acción, tanto social como individual, consciente, subconsciente e inconsciente.

El esfuerzo por la superación del marxismo del siglo pasado, no implica su negación, lo que sería relativamente simple, sino su integración en una nueva concepción del mundo acorde a las realidades de este siglo que termina, para tratar de ubicarnos en el siglo XXI que ha de comenzar. Con toda su importancia, el pensamiento de Marx, que influyó a todo lo largo del siglo XX, hoy no es el único medio capaz de proporcionar las claves para comprender y transformar el mundo, en la bisagra de este fin de milenio.

Y no es un problema de calendario, que necesite rescatar en el año 2000 tradiciones cabalísticas que asimilaban el milenio, ya sea a la aparición del mesías o al fin del mundo, sino de lo que

se podría llamar, **un problema de época**.

En el momento de la transición de una época a otra, resulta difícil descubrir que será para mejor y que será para peor.

Pensar que al fin de los 80, cuando escribí que, a partir de los procesos en gestación, lo peor aún estaba por venir, nunca iba a imaginar el desenlace cubierto de sangre, con que se presenta este fin de siglo.

Una política de izquierda hoy equivale a una política de cambios en la vida social, colectiva e individual, capaz de transformar los sistemas y estructuras de dominación y explotación humanas, y capaz de establecer relaciones más justas entre los hombres, los pueblos y las naciones. Implica un cambio de mentalidad. Se podría decir que la cuestión capital sería establecer el predominio de la solidaridad en las relaciones humanas y del debido respeto a todas las formas y medios de vida, aún en las relaciones del humano con todas las demás partes de la naturaleza.

Una cuestión que aún parece insoluble, sería como asegurar una regulación pacífica de los conflictos y establecer un nuevo orden del mundo, basado en reglas universales de la moral y el derecho.

Una nueva política debe partir ahora del campo **humano**, para llegar al campo **social**. Lo que se da en llamar la **hominización** es un paradigma sobre el futuro, ya no sólo de una clase social, sino de toda la sociedad, y de toda la humanidad. Es un problema de sobrevivencia.

No se trata simplemente de la concepción de un proletariado mesiánico, sino de un ser humano, redentor del propio humano, sin distinción de raza, clase, nación o ideosincracia. Es la naturaleza del ser humano lo que atrae nuestra preocupación. La convivencia en él de una barbarie ancestral y de una barbarie basada en el grado de civilización que alcanzó.

La cuestión es aún más abarcatória, pues comprende a la propia **naturaleza** en su conjunto y sus posibilidades de

sobrevivencia, de sus bosques, de sus ríos, de sus llanuras fértiles, de sus animales, en fin de su agua, de su aire y de su tierra, aptas para cobijar y alimentar la vida en el planeta. Se trata del habitat común amenazado.

En este sentido hoy hay problemas que se plantean en términos reales de "vida o muerte", mucho más amplios que cualesquiera otra de las alternativas esgrimidas hasta el presente, como ser "socialismo o capitalismo", "patria o muerte", "liberación o dependencia", y así de seguido. Y, sin que sin que ello implique la necesidad de negar al socialismo, la liberación nacional o la patria, sino de comprenderlas en su actual implicación. Y son problemas de una civilización que está en crisis.

Además de la alternativa planteada de "vida o muerte", está la de "libertad o esclavitud", lo que merece una reflexión. Y las guerras con que va terminando el siglo, mostrarían el camino más corto a la esclavitud. A medida que la paz está más lejos de ser alcanzada por la Humanidad, está más cerca la posibilidad de que se establezcan nuevas y más odiosas formas de dominación y exclusión.

A medida que se avanzó en el camino del conocimiento, la libertad, definida como el conocimiento de la ciega necesidad, debiera ampliarse al campo de la capacidad de decisión, desde un punto de vista moral, ético y político, frente al abanico cada vez más amplio de las opciones que en todos los órdenes se presentan al ser humano.

Al comentar en estas líneas el trabajo de Edgar Morin, tomamos en cuenta más que nada nuestras propias realidades, necesidades e inquietudes refundacionales, entendidas no sólo como crítica de los anteriores fundamentos, sino como necesidad para establecer nuevos fundamentos para tal política en defensa de la vida, la justicia y la libertad, frente a un mundo supuestamente globalizado, en realidad cada vez más fragmentado, parcelizado y enfrentado, con graves síntomas de disgregación en vastas regiones del planeta.

Las guerras han sido el flagelo más duro que golpeó a la humanidad en el siglo XX. El odio, la xenofobia, el racismo, han ido en constante aumento, y superaron al más cruel **"cruzado"** de cualquier otra época.

Según la Asociación de Investigaciones de Causas de los Conflictos con sede en Hamburgo (*Clarín* del 26 de diciembre de 1998), en 1998, la cifra de conflictos bélicos aumentó hasta llegar a un total de 48 guerras de diferente intensidad en todo el mundo.

Escribe Norberto Vilar que el terrible siglo XX ha provocado ya 100 millones de muertos en conflictos militares en Europa. Y añade que en esta última década de paz europea, han muerto 600 mil personas.

Europa, Asia, Africa, Oriente Medio, los Balcanes, América Latina, han sido escenarios de genocidios y crímenes de guerra, y el llamado a defender la vida humana, abolir la pena de muerte, detener el comercio de armamentos, liberar a los niños y adolescentes de toda explotación y preservar el medio ambiente, fue el contenido del mensaje navideño del Papa Juan Pablo II, preanuncio del Gran Jubileo de la Iglesia Católica para el año **2000**.

Es más, en los años 90 la guerra llevada a cabo por empresas que ofrecen sus servicios a Estados, empresas, caudillos o simplemente mafias, han merecido estudios de las Naciones Unidas en 1996 y 1998 donde se establece el peligro que representan las compañías bélicas para los derechos humanos, la paz, la soberanía y la libre determinación de los pueblos. Ofrecen según el informe, servicios de "ejércitos llave en mano" que rememoran con los medios de exterminio y comunicación actuales, la utilización de los mercenarios desde los romanos, los griegos, las cruzadas y las guerras coloniales, hasta la Guerra Fría inclusive. (Ver informe de *Clarín*, 31/1/99: *"MERCENARIOS S.A."*). Fueron utilizados en todo el mundo, inclusive está el caso de los "gurkas" en la Guerra de las Malvinas.

No existió a todo lo largo del siglo un sólo día sin que hubiese que lamentar alguna víctima de la guerra, de la represión legal e ilegal, de la segregación racial, religiosa o política, de la tortura, del terrorismo estatal, grupal o individual, en fin, de la violencia del hombre sobre su semejante. A todo lo cual debieran agregarse las víctimas de las depredaciones y de las catástrofes naturales. Las prisiones inhumanas, los campos de concentración, los centros de tormentos y el nuevo crimen "institucionalizado" de la desaparición forzada de personas, hacen, junto con el hambre y la miseria, que la vida haya sido y sea para millones de seres un verdadero martirio, un "pandemónium", a todo lo largo del siglo XX. Si hacía falta algo para probar este sentido y el sin sentido, esta lógica y esta ilógica de la guerra, hoy se pueden ver por la TV en cualquier parte del mundo, las escenas de los bombardeos de la OTAN sobre Yugoslavia, el drama de los refugiados, y el crimen en nombre de la limpieza étnica.

Nada más ilustrativo que el texto de Edgar Morin donde se advierte que la mayor amenaza que pende sobre el planeta proviene de la alianza de dos barbaries. Una que viene del fondo de la historia humana y otra que proviene de nuestra civilización tecno-industrial-burocrática.

Una política de izquierda, debe ser refundada, es decir fundada sobre nuevas bases teóricas; sobre nuevos fundamentos; contemplar la época y su grave crisis de civilización. O sea, una política de reinserción en una nueva época de la civilización; y no exclusiva, es decir no para los sectores más radicalizados de la sociedad, sino para el más amplio espectro democrático. Debe ser amplia, una política de civilización, de centro-izquierda, mas bien de equilibrio, en busca del "tertium datur" que proponía Luckas, o de una tercera vía, en el mejor sentido de la palabra, diferente de la que propician algunos socios de la OTAN.

Después de la victoria de una izquierda plural en Francia, del laborismo en Gran Bretaña, de la coalición roja-verde en Ale-

mania, y del Partido Democrático de Izquierda en Italia, la idea de centro-izquierda y de la apertura de una tercera vía generó expectativas, que, más bien pronto que tarde, los bombardeos de la OTAN sobre Yugoslavia se encargaron de desvanecer.

Ese centro izquierda y esa tercera vía resultaron ser un sinónimo de "nuevo centro" alineado a la derecha de cualquier concepción de centro izquierda.

Es un siglo de progreso y de regresión, de guerras y de crisis, de revoluciones, de catástrofes y de hambrunas, de sangre, de muerte y de horrores que superaron todos los records, de genocidios y de éxodos increíbles de pueblos enteros.

En todas partes, por efecto de la crisis, la búsqueda de otra vía histórica o de una "tercera vía", resultó desquiciada en su fase embrionaria.

Hoy nadie puede negar la necesidad de establecer con nuevos fundamentos, que la hagan realmente sólida, una política de izquierda que sea una política de civilización.

El libro de Edgar Morin, filósofo, director de investigaciones emérito del CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) de Francia, y de Sami Nair, filósofo y politólogo, ha sido para mí un instrumento esclarecedor. Toda la obra de Edgar Morin, es un desafío a introducirnos en la complejidad del mundo a través del pensamiento complejo descartando cualquier postura simplificadora y reduccionista. Sólo así podemos entender un poco más como el progreso de la civilización se acompaña de un progreso de la barbarie.

Para brindar al lector un texto "sin interferencias" decidimos desgajar los comentarios y entregarlos como un sólo cuerpo de reflexiones, después de transcribir el trabajo de Edgar Morin en español.

Del libro UNE POLITIQUE DE CIVILISATION

de Edgar Morin y Sami Naïr
Ed. Arlea, París, 1997

Edgard Morin: "A la búsqueda de los fundamentos perdidos"

Es necesario volver sobre tres cuestiones que se planteaba Kant: ¿Qué puedo yo saber? ¿Qué puedo hacer? ¿Que me es permitido esperar?

Los socialistas del siglo XIX comprendieron la solidaridad de las tres cuestiones, y no respondieron a la tercera sino después de haber interrogado a los sabios de sus tiempos, no sólo sobre la economía y la sociedad, sino también sobre el hombre y el mundo.

La investigación más completa, fue la realizada por Marx con la ayuda de Engels. Sobre estas bases congnotivas Marx elaboró un pensamiento que dio sentido, certidumbre, esperanza a los mensajes socialistas y comunistas.

La pérdida de los fundamentos:

Hoy el problema no es si la "doctrina" marxista ha muerto o no. Es reconocer que los fundamentos congnotivos del pensamiento socialista, colocan como problema comprender el mundo, el hombre, la sociedad.

Para Marx la ciencia aportaba la certidumbre. Hoy sabemos que las ciencias aportan certidumbres locales, pero que las teorías son científicas, en la medida que son refutables, es decir, no ciertas. Sobre las cuestiones fundamentales, el conocimiento científico desemboca en insondables incertidumbres.

Para Marx, la filosofía debía ser necesariamente superada. Hoy, todos los adelantos de las ciencias reaniman los

interrogantes filosóficos primeros.

Marx creía que la materia era la realidad escencial del universo. Hoy la materia no es más que uno de los aspectos de una realidad física polimorfa, apareciendo como energía, materia, organización.

Para Marx el mundo obedecía a una dialéctica soberana, y creyó desgajar las leyes del devenir histórico. Hoy aprehendemos que, cada uno a su manera, los mundos físico, biológico, humano, evolucionan según las dialécticas de **orden-desorden» organización**, comportando áleas y bifurcaciones, siempre amenazadas en el tiempo por la destrucción.

Las ideas de autonomía y de libertad eran inconcebibles en la concepción materialista-determinista. Hoy se puede concebir de modo científico la auto-organización y la autoproducción, y podemos comprender que el individuo como la sociedad humana son máquinas no triviales, capaces de actos inesperados y creativos.

La concepción antropológica de Marx era unidimensional, ni el imaginario, ni el mito formaban parte de la realidad humana, el ser humano era el **hommo faber**, sin interioridad, sin complejidades; un productor prometeico, dedicado a invertir los dioses y matricular el universo. Mientras que, como lo habían captado Montaigne, Pascal, Shakespeare, Dostoievsky, el hombre es **hommo sapiens-demens**, ser complejo, múltiple, portador de un mundo de sueños y fantasmas.

La concepción marxiana de la sociedad privilegiaba las fuerzas de producción y la lucha de clases. La clave del poder sobre la sociedad residía en la apropiación de las fuerzas de producción. Las ideas y las ideologías -incluida la idea de la nación- no eran sino simples e ilusorias superestructuras. El Estado no era más que un instrumento en manos de la clase dominante.

¿Cómo no ver hoy, que hay un problema específico del poder del Estado, una realidad socio-mitológica formidable en la Nación, una realidad propia de las ideas?

¿Cómo no ver que las relaciones de clase son dialógicas, es decir relaciones a la vez de antagonismo y de cooperación, y que en tanto que el antagonismo se manifiesta en luchas de clases, la cooperación se manifiesta bajo formas de colaboración, de hecho o negociadas.

Marx creía en la racionalidad profunda de la Historia. El estaba convencido de la misión histórica del proletariado para la creación de una sociedad sin clases. Es necesario saber que, obedeciendo todo a diversos determinismos -y que el resto a menudo se entrechoca de manera caótica y a los tumbos- la Historia es tributaria del álea y conoció bifurcaciones inesperadas. Es necesario saber que la Historia progresa, no de manera frontal, sino por desviaciones que se fortifican y devienen tendencias. Es necesario saber que el progreso no es certero, y que todo progreso ganado es frágil. Es necesario saber que, la creencia en la misión histórica del proletariado, no es científica sino mesiánica: es la trasposición, sobre nuestras vidas terrestres, del "salut" judeo-cristiano prometido para el Cielo. Esta ilusión ha sido trágica y devastadora.

Marx no soñaba que aún en la era socialista, la acción de gobernar es una acción de conducir, que el arte de **dirigir** es un arte de **dirigirse a sí** en condiciones inciertas. Si bien el fue en sus estudios históricos, sensible a la complejidad de los antagonismos en movimiento, él ignoró el principio primero de la **ecología** de la acción, el que nos dice que todo acto escapa a las intenciones del actor para entrar en el juego de las inter-retroacciones del medio, y puede desencadenar lo contrario del efecto deseado.

El diagnóstico de Marx sobre el mundo contemporáneo se focalizó sobre el carácter capitalista, que alcanzaba para caracterizar nuestras sociedades, y hacía secundarias, a veces inesenciales, sus caracteres estatales, nacionales, democráticos, técnicos, burocráticos, -pues ocultaba las cualidades complejas y la multidimensionalidad de la realidad histórico-social. La bu-

Un manifiesto para ta humanidad

rocracia, la tecnología, la tecnocracia no son más abstractas y menos reales que el capitalismo. Son las realidades anónimas, no menos potentes y que, siendo distintas, pueden asociarse estrechamente.

En nuestras sociedades complejas, el capitalismo es uno de los rasgos dominantes, pero no el único. En una sociedad democrática, la dominación del capitalismo puede ser atemperada por la acción sindical y por la acción política. En una sociedad autoritaria o totalitaria, el capitalismo puede ser controlado, más que controlador.

El marxismo concentró en el capitalismo todos los males por los que sufre la humanidad contemporánea.

El imperialismo tenía por fuente al capitalismo, y las guerras tenían por fuente al imperialismo. Pero, el imperialismo y las guerras son fenómenos históricos que preceden de lejos al capitalismo. Los males que provienen del poder del dinero no pueden sino enmascarar los males que provienen del **poder**, del poder y de todo lo que mantiene y conlleva la corrupción por el dinero.

Hoy apareció la evidencia que *sólo se ahorra a los ciegos*: hubo y hay peor que el capitalismo, es el pretendido socialismo en la URSS, China, Vietnam, Camboya.

La mayor amenaza que hoy pesa sobre el planeta se apoya en la alianza entre **dos barbaries: una**, que viene del fondo de las edades históricas, aporta guerras, masacres, deportaciones, fanatismo, y reproduce a través de sociedades diferentes las jerarquías, dominaciones, explotaciones de seres humanos, propias también del capitalismo; **la otra**, que viniendo de nuestra civilización tecno-industrial burocrática impone su lógica mecánica, helada, anónima, ignora los individuos, la naturaleza humana, sus sentimientos, sus almas, y pone al servicio de los poderes las armas de destrucción y los medios de manipulación.

Ni los males que determinan el fanatismo, el racismo, el nacionalismo, ni los males que determinan la técnica y la burocracia

cia pueden reducirse a lo que produce el capitalismo.

El socialismo era el remedio a los males de la humanidad.

Hoy, cuando un pretendido socialismo fue peor que el capitalismo en la opresión de los proletarios, sabemos que los regímenes políticos no son equivalentes, y que más vale un régimen democrático, aún limitado con capitalismo, que un régimen totalitario sin capitalismo.

Ya no podemos fijar más, el mal sobre el capitalismo, y el bien sobre todo aquello que lo combate.

En fin la propia palabra de socialismo devino vacía. Fue totalmente degradada con el triunfo del socialismo totalitario, y luego, totalmente desacreditada en su caída. Resultó progresivamente descolorida con la social democracia, la que por todas partes donde gobernó, llegó al final a ser un mero aliento, ("a bout de soufflé").

Los partidos socialistas no hicieron más que repetir algunas fórmulas tetánicas, obedeciendo a un pragmatismo "jour a jour".

A una teoría articulada y coherente, sucedió una ensalada rusa de ideas recibidas sobre la modernidad, la economía, la sociedad, la gestión. La conversión del socialismo a la buena gestión, devino en una reducción al gestionarismo: éste es incapaz de afrontar los problemas más agudos, como de reanimar la menor esperanza. Los dirigentes se rodean de administradores diplomados, tecnócratas, econócratas; se confían al saber parcelario de los expertos, que aparentan darles garantías científicas y universitarias.

Se volvieron ciegos a todos los grandes problemas. La política se abismó en lo económico. Las consultas permanentes a los sondeos juega el papel de brújula. El gran proyecto desapareció.

Ciertamente, hoy, el desencadenamiento de la economía mundializada, descubre nuevos problemas, nuevos peligros, nuevos males.

Es tentador concebir la mundialización como el estadio superior de la dominación del capital, lo que hacen todos aquellos que sienten la necesidad de reencontrar, si no al proletario re-dentor, al menos, al capitalismo culpable, pero perdiendo el espíritu internacionalista que apimaba al socialismo.

Marx debe ser superado, es decir, integrado en la constelación de los pensadores que pueden esclarecer nuestra reflexión, comenzando por su aspiración a un conocimiento a la vez antropo-socio-histórico.

Su concepción del capitalismo, debe ella misma, ser integrada en el complejo de los desarrollos técnicos, sociológicos, democráticos, ideológicos, de la historia moderna.

Pero es menester abandonar toda ley de la Historia, toda creencia providencial en el progreso, y extirpar la funesta fe en el "salut" (paraíso) terrestre.

Lo que queda y quedará, son las aspiraciones a la vez libertarias y fraternitarias, aspiración al despliegue humano y a una sociedad mejor, que se expresaron bajo el término de socialismo.

Pero, ¿cómo responder a estas aspiraciones?

Détresse. Desesperanza, impotencia, abandono.

El pensamiento político está descreído, impotente: perdió el universo determinista y el porvenir asegurado. El progreso humano es siempre posible, pero hoy es incierto, y puede ser improbable.

Después del siglo XIX, la fe en el progreso estaba determinada por la certidumbre de que los desarrollos de las ciencias, la técnica, la economía, no podían sino eliminar la barbarie en la historia humana y asegurar el triunfo de la civilización.

Hoy aparece más claro que los desarrollos de la ciencia, la técnica, la industria, **son ambivalentes**, sin que pueda decidirse si aportarán lo peor o lo mejor.

Después de 1945, se ha olvidado que las masacres de dos

guerras mundiales revelan que la marcha del progreso fue muy zigzagueante. Pero, la duda no pudo más que ampliarse con el descubrimiento, comenzado con Hiroshima, de la ambivalencia de los progresos de la ciencia física, capaces de aportar el exterminio de la especie humana.

Hoy aparece la ambivalencia de la biología. La genética puede reemplazar los genes decadentes (*défaillants*) y, también eliminar las carencias genéticas invalidantes, pero ello podrá hacer también individuos hipernormales, conformes al modelo deseado. Las neurociencias permitirán las manipulaciones cerebrales que produzcan ciudadanos felices y sumisos. **Es por la desviación** y los desviantes que llegan las nuevas ideas. Por otra parte, las prodigiosas elucidaciones que aporta el conocimiento científico, están acompañadas por las regresiones cognitivas de especialización, que impiden percibir lo contextual y lo global. Los poderes surgidos de la ciencia son no sólo benefactores, sino también destructores, manipuladores y ciegos.

El desarrollo tecno-económico, deseado para y por el conjunto del mundo, ha revelado casi en todas partes, sus insuficiencias y sus carencias. Nos hace falta abandonar la idea de que el crecimiento industrial no aporta sino beneficios. Un tal crecimiento, más allá de cierto suelo o plataforma o techo, aporta perjuicios (problemas, falencias) y poluciones que afectan la vida de los seres humanos.

Hoy se piensa ajusto título que el desarrollo incontrolado de nuestra civilización industrial, puede afectar gravemente la biosfera y amenazar las vidas humanas. Sabemos cada vez más, que la vida urbana no aporta sólo ventajas y libertades. Ella aporta también la desintegración de las antiguas solidaridades y la atomización de *los* individuos. *El* bienestar aporta también malestar. El desarrollo técnico y económico aporta también el **subdesarrollo ético y afectivo**.

Todas las nociones *faro* -el progreso, la ciencia, la técnica, el socialismo- devinieron nociones *problemas*.

La crisis del futuro nace de la crisis del presente, y esta crisis que hace desaparecer el progreso prometido, hace progresar las regresiones del pasado.

Las legítimas reacciones contra una mundialización abstracta han conducido a los repliegues sobre las etnias, las nacionalidades, las naciones, entrañando el ocultamiento de los intereses generales de la humanidad.

Nuestras sociedades creían progresar sobre una autopista histórica, hacia un futuro feliz. Hoy vemos que la maquinaria está embalada. Hay que frenar, regular lo que se ha desencadenado, es menester modificar la ruta.

El planeta está en estado de depresión (detresse): la crisis del progreso afecta a la humanidad entera, entraña rupturas por doquier, hace crujir las articulaciones, determina los repliegues particularistas, las guerras se reencienden, el mundo pierde la visión global y el sentido del interés general.

Al mismo tiempo estamos en la era damoclesiana de las amenazas mortales, con posibilidades de destrucción y autodestrucción, que después del breve respiro de los años 89-90, se agravaron de manera renovada.

La experiencia sin experiencia del siglo XX

Nuestro siglo nos proveyó, al precio de la sangre, del terror y de la muerte, una formidable experiencia. Pero la experiencia no provee sus lecciones si no se reflexiona sobre ella.

La experiencia clave del siglo es aquella de una reacción en cadena, a partir de una deflagración periférica, en Sarajevo, el 28 de junio de 1914 desencadenante de la guerra primero europea, y luego mundial. Esta guerra suscitó el comunismo totalitario, el fascismo italiano, el nazismo, que surgiendo a su turno de una crisis económica de una gravedad sin precedentes, ha suscitado la Segunda Guerra Mundial, de la que surgió la Guerra Fría, y luego la implosión de la Unión Soviética, la cual, agravando la crisis del futuro, ha suscitado el desencadenamiento tumultuoso

de los nacionalismos.

Las grandes regresiones del siglo XX nacieron e hicieron nacer las guerras, las crisis, los nacionalismos, los socialismos, los cuales han hecho nacer el nuevo monstruo histórico del totalitarismo. El siglo XX vivió la experiencia de un formidable auge de la religión del "salut" terrestre, que se desintegró en y para su propia realización, mostrando que la revolución resucitó una forma peor de explotación que aquella que pretendía destruir.

El siglo XX ha sido el teatro de gigantescas crisis ligadas unas a otras: crisis económicas, crisis de la democracia, crisis de Europa. Por todas partes, bajo los efectos de las crisis y de las guerras, la búsqueda de alguna otra vía histórica, o "tercera vía", ha sido destruida en su fase embrionaria.

Por lo pronto, el pensamiento político, de izquierda como de derecha, es incapaz aún de concebir una causalidad inter-retroactiva capaz de explicar el entre-desencadenamiento de las reacciones en cadena del siglo XX. Es aún incapaz de asumir a la vez la unidad y la diferencia entre los dos totalitarismos. El nazismo, muerto hace cincuenta años, no ha sido todavía diagnosticado en profundidad; el comunismo no ha sido verdaderamente pensado, ni como sistema político-policial, ni como religión del "salut" terrestre, ni -al igual que el nazismo- como experiencia antropológica que nos diga al respecto algo importante sobre el hombre, sobre su necesidad de fe, sobre sus posibilidades de engeuecer, sobre su aptitud para superarse, a corromperse, y a negarse a sí mismo. El siglo XX nos ha mostrado -y sigue mostrándonos- que un mismo ser humano puede pasar del estado ("débonnaire") de beneplácito al estado de fanatismo, del estado tranquilo al estado demencial, y que el siglo de la ciencia y de la razón operacional, ha sido también el siglo de las ilusiones, de las inconsciencias y de los delirios. Y, en la fase provisoria de bases mitológicas que hoy están estagnadas (inertes, enclavadas, inmovilizadas) en el Oeste europeo -mientras en otras lati-

tudes despiertan y se revelan furores y delirios-, nosotros llamamos realismo a la ausencia de pensamiento, y permanecemos ciegos ante el enceguecimiento del aplastante pensamiento técnico-económico que guía nuestras políticas.

Mientras se desencadenan en el mundo turbulencias y regresiones de todos los órdenes, mientras seamos incapaces de percibir nuestro presente, aceptaremos los diagnósticos unidimensionales del fin de la Historia y del choque de las civilizaciones.

Los que no ven la historia de este siglo más que en términos económicos e industriales, no ven que la voluntad de nación obedece también -y a veces principalmente- a necesidades mitológicas, religiosas, comunitarias, que exceden la voluntad de industrialización. Olvidan las pasiones humanas, las locuras colectivas de nuestra Historia.

La nueva problematización.

De la crítica de los fundamentos y de los modos cognoscitivos del socialismo, y más ampliamente del pensamiento político, se desgaja una gigantesca y múltiple problematización.

- ¿En qué mundo situarnos?
- ¿Sobre qué antroposociología fundar nuestra concepción política?
- ¿Cómo repensar y complejizar la noción de desarrollo?
- ¿La conducción consciente de la economía, es posible?
- ¿El **quid** del Estado-nación?
- ¿Nuestra civilización, está en crisis profunda?
- ¿La mundialización es la última chance o la última desventura de la humanidad?
- ¿Nuestro devenir, corre a la catástrofe o a la metamorfosis?

Es más, estamos confrontados a la **paradoja del posible-imposible**: es posible técnicamente, hoy, alimentar a cada uno, asegurar una vida decente a todos, regular la economía, encontrar soluciones a todos los problemas materiales, confederar pacífi-

camente a todas las naciones de la Tierra. Y, no obstante, este realismo es utópico. Lo que parece posible, choca con otras realidades que van en sentido contrario. Se encuentra normal que se destruyen los excedentes agrícolas europeos, en tanto que la hambruna golpea a un cuarto de la humanidad.

Vivimos una época de incertidumbre donde están mezclados los gérmenes progresivos y los gérmenes regresivos.

La modernidad está en crisis porque la certidumbre del progreso y la fe en el futuro constituían los fundamentos de la modernidad.

Pero, la palabra **post-moderno** es demasiado pobre para hablar de lo que vivimos efectivamente, y que no es más que el fin de los Tiempos modernos.

Vivimos algo tan importante como lo fue la transición entre el paleolítico y el neolítico, quién haya visto el debut de la desaparición de las pequeñas sociedades de algunos cientos de individuos -sin agricultura, sin Estado, sin ciudad, sin ejércitos, sin clases sociales, etc.-, en tanto que nacían aún muy marginalmente, las primeras ciudades y los primeros imperios. También el mundo histórico había nacido. Las civilizaciones históricas se expandieron sobre el globo, devorando o exterminando las civilizaciones prehistóricas. Después el imperialismo europeo puso en relación, después de cincuenta milenios de diáspora o más, a todos los representantes de la especie humana. Así, la era planetaria había nacido y se había desarrollado mediante la conquista, la servidumbre, la guerra. Estamos siempre en la edad de hierro planetaria, y no sabemos si podremos salir de esta edad de hierro y de la prehistoria del espíritu humano.

El crecimiento del campo político y su fragmentación

La política sigue siendo el arte de gobernar, pero, en el curso de este siglo, ha sido inflada de manera desmesurada tomando a

su cargo problemas y dominios múltiples:

1. Lo económico

La politización de lo económico había comenzado ciertamente, en los siglos precedentes, con el colbertismo, el bloqueo continental, el proteccionismo aduanero. Se amplió en el siglo XX, con el control de los mecanismos de competencia (leyes antitrust), los planes de desarrollo, hasta alcanzar con el comunismo soviético, la politización generalizada. Hay ciertamente, un reflujó de lo político y una liberalización de lo económico en los últimos años, pero justamente, en los sistemas liberalizados, la política parece dedicada principalmente a la orientación y el estímulo del crecimiento económico.

2. Las necesidades y los problemas sociales.

La multiplicación de las ayudas y proteccionismos alcanzaron en el siglo XX, al Estado providencia, o al Estado de bienestar (Welfare State), comportando la compensación de los daños y perjuicios, comprendiendo los naturales. Toma a su cargo un sistema educativo de más en más amplio, la cultura y el tiempo libre.

3. El desarrollo.

Toma a su cargo, especialmente en las nuevas naciones, el desarrollo, término abarcatorio del mejoramiento económico, social, cultural.

4. Los problemas vitales, en el sentido biológico y humano del término:

- el hambre;
- la demografía;
- los flagelos naturales (cáncer, sida) y artificiales (droga);
- la protección del medio ambiente natural hasta la escala planetaria de la biosfera;

- La decisión en materia de problemas tradicionales de reproducción (contra-concepción, aborto) y los nuevos problemas del embarazo o concepción (embarazo de esperma extraño o anónimo, madre portadora, madre virgen, madre-empolladora);

- los problemas de la doble muerte (muerte de la persona en el coma irremediable, muerte del individuo en la degradación irreversible de las células cerebrales), consiguientemente, los de la eutanasia y la toma y utilización de órganos.

Nacer, vivir, morir, están en el campo político, igual que los fundamentos perturbados de la identidad -la definición del padre, de la madre, del hijo, de la familia.

Ciertamente, algunos de estos últimos problemas no han entrado en la política sino "a la sauvette" (es decir de manera sospechosa o tangencialmente): y ellos son debatidos en los comités de bioética o en los debates televisados, ellos no están admitidos, presentes, en las preocupaciones de los partidos políticos, ni son sometidos a los ciudadanos, pero esta no democratización de problemas que devienen mayores, es justamente un problema político nuevo.

La irrupción de problemas vitales no se efectuó sólo en el marco de los Estados-naciones. Se universalizó con la amenaza nuclear de muerte de la humanidad y la amenaza de suicidio a plazo de la humanidad por una irreversible degradación de la biosfera. También la política debe tomar a cargo, lo que fue hasta ahora inimaginable: la relación vital de la humanidad con la naturaleza, y la salvaguardia vital de la humanidad amenazada por la misma política, después que ella devino la dueña de lo nuclear.

Agreguemos que las virulencias mitológicas de la **nación**, de la **raza**, de la **etnia**, de la **felicidad**, inclusive una religión de **salut** (paraíso) terrena] han progresivamente parasitado la política.

Si se trata de recusar todo salut por la política, ella debe

por consiguiente, tomar a su cargo la salvaguardia y el destino de la humanidad.

Existe también una politización de lo que era infra, extra y supra político, comprendiendo la vida y la muerte del mundo de la vida.

De donde el double bind que debe afrontar la política.

O bien ella considera que todo es fundamentalmente política -en lugar de considerar que todo tiene una dimensión política, sin por, tanto reducirse a lo político- y, de golpe, la posibilidad de politizarlo todo, tendiendo al totalitarismo.

O bien ella se fragmenta en diversos dominios, y la posibilidad de concebirlas en su conjunto, aminora o desaparece.

A la vez, del mismo golpe, existe o se produce la despolitización de la política, que se auto disuelve en la administración, la técnica (de los expertos), la economía, el pensamiento cuantificante (sondeos, estadísticas). La política en migajas pierde la comprensión de la vida, de los sufrimientos, de las depresiones, de las soledades, de las necesidades no cuantificables.

Todo ello contribuye a una gigantesca regresión democrática, los ciudadanos devienen despojados o desposeídos de los problemas fundamentales de la ciudad.

Luego, entre la Charybde de la política total y el Sylla de la política despolitizada, existe la nueva misión, grandiosa y terrible de la política: endosar la multidimensionalidad de las realidades antro-po-sociales y asegurar el destino histórico de la humanidad.

Los desafíos gigantescos

La política está a la vez demasiado cargada de problemas y demasiado vacía de pensamiento. Es en estas condiciones, desfavorables al extremo, que se presentan en cada sociedad, y para la humanidad entera, los gigantescos desafíos del siglo y sus problemas de vida o muerte:

- la ambivalencia de los progresos de la ciencia, de la técnica, de la industria, que aportan no sólo beneficios y bienestar a la humanidad nunca antes conocidos, sino también las mayores amenazas que la humanidad jamás haya conocido, a la vez servidumbre y liberación, regresión y progresión, bienestar y malestar, vida y muerte;

- la insuficiencia del desarrollo tecno-económico para el desarrollo humano;

- el crecimiento exorbitante de los poderes destructores de los Estados-naciones y su incapacidad ante todos los grandes problemas, cuya naturaleza es la de ser internacionales y planetarios;

- la continuación de un crecimiento industrial incontrolado que amenaza no sólo zonas cada vez más extensas del planeta, sino la misma biosfera;

- la oleada técnica y burocrática que arrasa de más en más las culturas, los modos de vida, el arte de vivir;

- la marcha acelerada e incontrolada de la tecno-ciencia, comportando la aparición de nuevos poderes manipuladores, surgidos de los desarrollos de la genética y las neuro-ciencias;

- el despliegue de los sub-desarrollos mentales, afectivos, culturales, dentro del propio desarrollo;

- los problemas cada vez más graves planteados por la urbanización del mundo;

- las desregulaciones económicas y demográficas;

- el desarrollo del sub-desarrollo económico de los sobrevivientes de antiguas culturas de una agricultura de subsistencia, y de vida pastoral que hemos desintegrado;

- las regresiones y las estagnaciones democráticas, entre ellas la desposesión creciente del poder de los ciudadanos de acceder al control y a la reflexión sobre los conocimientos que las ciencias aportan a la sociedad, y por tanto, los efectos concernientes a la vida de todos y de cada uno;

- la atomización de los individuos privados de las antiguas

Un manifiesto para la humanidad

solidaridades y desprovistos de nuevas solidaridades concretas;

- los peligros conjuntos de una homogeneización civilizadora que destruye las diversidades culturales y de un balcanización de las etnias que hacen imposible una civilización humana común;

- la ambivalencia de una mundialización que acrecienta los intercambios, las comunicaciones y las intercomprensiones entre los humanos, pero que comporta también un proceso de homogeneización, de mecanización, destructor de las diversidades culturales;

- la alianza de la barbarie que viene del fondo de las edades históricas y de la barbarie anónima y congelada que proviene de los desarrollos tecno-burocráticos.

El nudo gordiano.

Los desafíos son tan formidables, tan múltiples y tan ligados, que resulta difícil diagnosticar el mal principal, el peligro principal, el bien principal. Es muy probable que el problema principal se el embrollo, el enchalecamiento sin orden de los problemas, todos vitales y mortales de la economía, la ecología, la demografía, de la civilización, del pensamiento...

Al mismo tiempo que devino incierto a nuestras conciencias, el mundo devino complejo, no sólo en el sentido originario del término -que es tejido en su conjunto- sino también en el sentido donde la unidad lleva en sí su contrario: el planeta se unifica, deviniendo de más en más despedazado, parcelizado.

Todo se comunica, todo está en relación, todo permite la comprensión, pero al mismo tiempo, la incompreensión se acrecienta con ventaja. Todo es solidario, pero al mismo tiempo todo es conflictual. Los medios técnicos que permiten unificar el planeta son al mismo tiempo los portadores en ellos de las guerras y la posibilidad de su destrucción. Esta nueva barbarie téc-

nica hace alianza con todas las barbaries antiguas. Si somos o quedamos sumergidos por esta barbarie, será a lo mejor la Edad Media planetaria, o peor aún, **Mad max**.

Los dos grandes desafíos, el de la complejidad y el de la incertidumbre, nos dicen que nos encontramos en una aventura común a toda la humanidad, y que esta aventura es desconocida.

Es trágicamente en el vacío del pensamiento político, que surgen los formidables desafíos que nos lanza nuestro fin de milenio. Estos desafíos son tan desconcertantes para el pensamiento dominante, que ellos mantienen, alimentan, el vacío.

Es ridículo que los socialistas, atacados de miopía, busquen aggiornarse, modernizarse, social-democratizarse, mientras el mundo, Europa, Francia, se encuentran frente a los problemas gigantescos del fin de los Tiempos modernos.

La ausencia de inversores intelectuales, el tren-tren de la política miope, vivir el momento, el reinado del pensamiento parcelario, vuelven invisibles los desafíos gigantescos. Todo ello mantiene la impotencia de una política donde el vivir al día, acrecienta la impotencia y la impotencia acrecienta el vivir al día a día, según una bisagra recursiva.

Las incertidumbres e interdependencias de nuestro mundo complejo, en lugar de ser consideradas como desafíos a resolver, aparecen como obstáculos insuperables que mantienen a su turno la impotencia y el vivir el día a día.

Las refundaciones.

Es en estas condiciones que las refundaciones siempre se difieren, y por lo tanto se hacen cada vez más necesarias. Como lo ha dicho el sabio Hadj Garm Orín: "A fuerza de reportar lo esencial en nombre de la urgencia, se termina por olvidar la urgencia de lo esencial."

1) La reforma del pensamiento

La reforma política exige, ante todo, una reforma del pensamiento.

La incapacidad de pensar en conjunto los problemas locales y los problemas globales constituye el aspecto intelectual de la tragedia de nuestra época.

Hoy somos víctimas de dos tipos de pensamientos cerrados: uno es aquél del pensamiento parcelario de la tecno-ciencia burocratizada, que desgaja, corta en rodajas, el tejido complejo de lo real, como fetas de salchichón; el otro es aquel del pensamiento de más en más local, replegado sobre la etnia o la nación, que corta en puzzle el tejido común a la humanidad.

El pensamiento reduccionista continúa buscando de manera miope, **la causa y el efecto** determinando **el Bien y el Mal**, a nombrar al **Culpable** y al **Salvador**. **Persiste en eliminar toda ambigüedad, toda incertidumbre. Persiste en creer que la solución económica resolverá todos los problemas.**

Necesitamos un pensamiento apto para captar la multidimensionalidad de las realidades, para reconocer el juego de interacciones y retroacciones, para afrontar las complejidades, más que ceder a los maniqueísmos ideológicos, o a las mutilaciones tecnocráticas -que no reconocen más que realidades arbitrariamente compartimentadas y son ciegas a todo lo que no sea cuantificable. Necesitamos abandonar la falsa racionalidad. Las necesidades humanas no son solamente económicas y técnicas, sino también afectivas y mitológicas.

La voluntad de nación, obedece a necesidades mitológicas, religiosas, comunitarias, que exceden los intereses materiales y, a menudo, hoy, las contradicen.

Los racionalizadores son ciegos ante las pasiones humanas, ante las locuras colectivas de nuestra Historia. **Las dos guerras, el nazismo, el stalinismo** no pueden ser analizados con la sola mirada marxiana, braudeliana o wallersteiniana. Es necesario la

otra mirada, la shakeasperiana, aquella que percibe "el ruido y la furia", la dimensión aleatoria, trágica, los conflictos destructores, los abortos, las posibles bifurcaciones de la Historia.

No necesitamos un pensamiento parcelario ni reduccionista, incapaz de ver el contexto y la globalidad, ni un pensamiento global y vacío en su interior. Hace falta un pensamiento que considere las partes en su relación al todo, y el todo en sus relaciones con las partes. Un tal pensamiento evitaría a la vez que percibir más que un fragmento cerrado de la humanidad olvidando la mundialidad, y de no percibir sólo una mundialidad desprovista de complejidades.

La reforma del pensamiento es necesaria para **cotextualizar, situar, globalizar, y también, intentar establecer un meta-punto de vista**, que sin hacernos escapar de nuestra condición local-temporal-cultural singular, nos permita considerarlo como desde un mirador sito antro-po-planetariamente.

La fórmula **Think global and act local** es siempre válida, pero habría que agregar **Think local and act global**. De hecho será muy difícil ligar el desarrollo de la conciencia local y el de la conciencia planetaria. Pero todo lo que es necesario es extremadamente difícil.

La reforma del pensamiento necesita una **refundación epistemológica**, la única que permitiría un pensamiento complejo.

Estamos enfrentados a la complejidad del mundo y a la complejidad de la Historia. Para no recaer en los errores terribles del pasado, y para escapar a la apatía y a la frivolidad, es necesario pensar la era planetaria, pensar la ambigüedad de la mundialización, pensar la crisis mundial, pensar una política de la humanidad -o antropolítica- pensar nuestra crisis de civilización, pensar una política de civilización.

La refundación antropológico-política

Es necesario reintroducir al ser humano como medio, fin, objeto y sujeto de la política.

Pero este hombre no es más el sujeto prometeico del devenir del mundo, consagrado a matricular (dominar) la naturaleza.

No es más, por tanto, el hombre que, según Marx, debe encontrar su salud en su "desalienación", es decir liberándose de todo aquello que sea extraño a sí mismo. La idea del hombre "desalienado" es irracional: autonomía y dependencia son inseparables, por cuanto dependemos de todo los que nos nutre y desarrolla; estamos poseídos por aquello que poseemos: la vida, el sexo, la cultura.

Las ideas de la liberación absoluta, de conquista de la naturaleza, del paraíso sobre la tierra, se revelan como un delirio abstracto.

Pero el hombre no es tampoco la invención arbitraria, desmascarada por Foucault; es un ser trinitario individuo/especie/sociedad, auto produciéndose y auto destruyéndose en su historia.

Podemos conservar la idea del joven Marx de un "hombre genérico" autoproducido de sí mismo, a condición de complejizar la autoproducción en auto-eco-producción, y de concebir este proceso como un proceso de deshumanización inacabado, incierto, aleatorio.

Se trata al mismo tiempo, de restablecer en toda su complejidad un ser que no se reduzca a las relaciones de producción, ni a las relaciones económicas, sino que a la vez sea, biológico, social, económico, mitológico.

No se trata de considerarlo principalmente en sus actividades prosaicas -la técnica, el trabajo, la búsqueda de satisfacciones materiales-, sino también en sus actividades poéticas -la fiesta, el juego, la danza, la alegría masiva, el amor, el éxtasis.

Se trata, en fin y sobre todo, de terminar con el pobre mito

unilateral del **homo sapiens** para considerar la complejidad indisociable del **homo-sapiens-demens**. Homo demens no se manifiesta solamente con sus divagaciones, extravíos y frene-sías, sino que se expresa también en sus fantasmas, imaginaciones, exaltaciones, y puede derivar sus energías en el juego, el deporte, la aventura.

Es esta antropología compleja que es necesario introducir en el pensamiento político: por todo eso, o bien el hombre es malo, y es necesario disciplinarlo por las leyes y las construcciones (constraints) sociológicas, o bien es bueno, y se trata de liberar su bondad natural. El ser humano detenta en sí, las virtualidades imbuidas de lo peor y de lo mejor, del dominador y del servil, de lo mediocre y de lo sublime, del delirio y de la racionalidad, de la inconsciencia, de la falsa conciencia y de la consciencia autoexaminadora y autocrítica.

Las estructuras de la dominación y de la explotación, tienen a la vez raíces profundas y complejas, y pueden reconstituirse fácilmente, aunque pueda creérselas abolidas.

Sólo tomando en consideración todas las facetas del problema se podrá esperar algún progreso. Estos progresos necesitan la vitalización de una bisagra entre las regulaciones sociales/culturales, y la interiorización de los principios morales en el seno de las conciencias individuales.

Es menester saber al mismo tiempo, que nada se puede ganar de manera asegurada en la civilización, y que siempre existe el riesgo de la regresión como chance de la progresión.

El Iluminismo, las Luces, han fracasado porque no pudieron ver la sombra en el corazón de su propia clarividencia. Las Luces (Iluminismo) para no enceguecer, necesitan de la sombra. Necesitamos reconocer el misterio de la realidad, de la vida, del ser humano.

Necesitamos introducir el misterio en la política, el arte más incierto de todos.

Aquí es menester ser conscientes de lo que yo llamo "**la ecología**"

de la acción": una acción escapa de más en más a la voluntad e intenciones de su iniciador, porque ella entra en el juego de las inter-retroacciones que están en el medio social o político.

Las consecuencias a largo plazo de una acción política son totalmente imprevisibles.

A esto hay que asociar la incertidumbre ética. Si los medios viles corrompen las finalidades nobles, puede suceder que finalidades viles se vuelvan contra sus autores en virtud de la ecología de la acción, como puede suceder que nobles fines sean captados como medios por finalidades viles.

Es más, los problemas éticos, en política, por caso, **son problemas de opción entre exigencias morales antagónicas**, y como dice Sydney Hook: "Cuando resolvemos nuestros conflicto morales, un derecho y un bien son sacrificados".

En esta perspectiva, ¿es posible encarar una política que tenga por tarea proseguir y desarrollar los procesos de hominización en el sentido de un mejoramiento de las relaciones entre humanos y un mejoramiento de las sociedades humanas?

Hoy sabemos que las posibilidades cerebrales del ser humano, están aún en gran parte inexploradas. Aun nos encontramos en la prehistoria del espíritu humano.

Con las posibilidades sociales están en relación con las posibilidades cerebrales, nadie puede asegurar que nuestras sociedades hayan agotado sus posibilidades de mejoramiento y de transformación, y que hayamos arribado al fin de la Historia...

Las posibilidades cerebrales del ser humano son fantásticas, no sólo para lo mejor, sino también para lo peor. Si el **homo-sapiens-demens** tenía en su origen el cerebro de Mozart, de Beethoven, Pascal o Putschkin, tenía también el de Stalin y el de Hitler... Si tenemos la posibilidad de desarrollar el planeta, tenemos también la posibilidad de destruirlo.

Por tanto, no hay progreso asegurado, sino una posibilidad incierta, que mucho depende de la toma de consciencia, de las voluntades, del coraje, de la suerte... Y las tomas de consciencia

han devenido urgentes y primordiales.

La posibilidad antropológica y sociológica de progreso restaura el principio de esperanza, pero sin certidumbres "científicas", ni promesas "históricas".

No podemos eliminar las desgracias ni la muerte, pero podemos aspirar a un progreso en las relaciones entre humanos, individuos, grupos, etnias, naciones.

El abandono del progreso garantizado por las "leyes de la Historia" no es el abandono del progreso, es el reconocimiento de su carácter incierto y frágil. **El renunciamiento al mejor de los mundos no es de ninguna manera el renunciamiento a un mundo mejor.**

La refundación antro-po-planetaria

La refundación antropológica es inseparable de una refundación filosófico/científica que restituya al humano en su planeta, y a su planeta en el universo.

La situación humana en el mundo se ha modificado más en los últimos treinta años que entre el siglo XVI y la mitad del siglo XX.

La tierra de los hombres perdió su antiguo universo. El sol devino un astro liliputiense entre millares de otros en un universo en expansión. La tierra está perdida en el cosmos; es un pequeño planeta de vida tibia, en un espacio helado donde los astros se consumen con una violencia inaudita, y donde agujeros negros se autodevoran.

Sólo este pequeño planeta abriga, según nuestro conocimiento, una vida y un pensamiento consciente. La consecuencia antropológica de esto es evidente: se trata de abandonar el sueño prometeico de la matriz del universo (de ser amo y señor del universo) por la aspiración a la convivencia sobre la tierra.

El pequeño planeta viviente debe ser reconocido como la matriz, la **matrìe** (matria) de los humanos. Es el jardín común a

Un manifiesto para la humanidad

la vida y a la humanidad. Es la casa común de todos los humanos.

Hemos demostrado (el autor se refiere a su libro "Terre-Patrie" de 1993) que, la comunidad de perdición, la comunidad de origen, la comunidad de indentidad, en fin, la comunidad de destino determinada por los problemas de vida y de muerte comunes a todos nosotros, nos lleva a la toma de consciencia última y primera: la Tierra devino nuestra patria.

El enraizamiento de esta consciencia, lejos de negar las patrias particulares, las engloba y sólo permitirá el mínimun de ligazones, de fraternidades necesarias para promover una **antropolítica**.

Hoy la toma de consciencia de la comunidad de destino terrestre y de nuestra identidad terrícola, reagrupa la toma de consciencia de los problemas globales y fundamentales que se colocan ante toda la humanidad.

Reintroducir al humano en el planeta, es también reintroducirlo en la vida de donde él surgió, de donde forma parte, que lo nutre, es reintroduciilo en Sū destino concreto inseparable de la biósfera -dada la relación de autonomía/dependencia hombre/naturaleza.

Es integrar la consciencia ecológica en la política, lo que es vitalmente tanto más necesario cuando el ecocidio sería el suicidio.

Significa, efectivamente, restablecer la alianza de las antiguas civilizaciones con la naturaleza -personificada en los dioses, los espíritus y los genios-, pero sobre un mundo nuevos el del doble pilotaje del planeta por las fuerzas eco-organizatrices inconscientes de la vida, y por las fuerzas organizatrices conscientes de la era humana.

La Tierra es nuestra realidad objetiva y nuestra patria subjetiva.

Tenemos objetivada la Tierra sobre nuestras pantallas de televisión. La vemos, objeto celeste, azul, como una naranja. Es la

objetividad misma que nos lleva a la Tierra: los dos agujeros de ozono que se formaron en el Artico y en el Antártico, el efecto aserradero provocado por el crecimiento del C02 en la atmósfera, las deforestaciones masivas de grandes selvas tropicales, productoras de nuestro oxígeno común, la esterilización de los océanos, mares y ríos nutricios, la inmensa polución, las catástrofes sin fronteras, todo lo cual nos muestra que **la patria está en peligro**. Y la afectividad allí está enraizada: es nuestra única casa, el único lugar vivible y amable en el cosmos, nuestramatria y nuestra **patria**.

Reintroducir la humanidad en el planeta, es introducir al planeta en la política. No es sólo concebir la "mundialización" actual, es concebir la era planetaria donde todas las partes devienen interdependientes las unas de las otras, y que comienza, en los Tiempos modernos, con la dominación, la guerra, la destrucción.

Es también concebir que estamos siempre en la **edad de hierro planetaria**. Bien que solidarios, somos enemigos los unos de los otros, y enemigos de nosotros mismos, sufrimos el desencadenamiento de los odios, desprecios, masacres, torturas. Al mismo tiempo que las nuevas solidaridades, se multiplican los antagonismos y las servidumbres.

Llegamos a esta edad de hierro, a un nuevo estado de agonía planetaria; si se consideran globalmente los dos ciclones de las guerras mundiales del siglo XX y el ciclón desconocido en formación -que pude ser el peor de todos-, si se consideran las amenazas mortales sobre la humanidad provenientes de la misma humanidad, si se considera en fin y sobre todo la situación actual de policrisis entrelazadas e indisociables, mientras la crisis planetaria de una humanidad aún incapaz de cumplir en tanto que humanidad, puede ser nominada agónica, es decir en estado trágico e incierto, donde los síntomas de muerte y de nacimiento se confunden: un pasado muerto que no muere, un porvenir naciente que no llega a nacer.

Un manifiesto para ta humanidad

La lucha entre las fuerzas de integración y aquellas de desintegración, no se sitúa solamente en las relaciones entre sociedades, naciones, etnias, religiones, se sitúa también en el seno de cada sociedad, en el interior de cada individuo. Hay un desencadenamiento de las fuerzas ciegas, de **feed-back** positivos, de locura suicida, pero hay también mundialización de la demanda de paz, de democracia, de libertad, de tolerancia...

No es sólo una lucha ente una puja civilizadora y un puja bárbara, es un lucha entre esperanzas colectivas de sobrevida y riesgo de muerte colectiva.

Estamos en medio de un combate formidable ente solidaridad y barbarie. Es esta la lucha del siglo que termina, sin que se trate necesariamente de la lucha final que nos haga salir de la edad de hierro planetaria.

Nos encontramos en una historia inestable e incierta donde aún nada está jugado. Debemos tomar consciencia de la loca aventura que nos encamina hacia la desintegración, y debemos buscar una orientación a fin de provocar la metamorfosis vitalmente necesaria.

La refundación política: la antropolítica

La antropolítica debe por tanto edificarse sobre la refundación antropológica y sobre un pensamiento planetario, la cual debe partir de un diagnóstico tetralógico: estamos a la vez:

- en la aventura desconocida;
- en la prehistoria del espíritu humano;
- en la edad de hierro planetaria;
- en la agonía planetaria.

En una situación de incertidumbre y complejidad, la apuesta (el acuerdo, la convención, la jugada) **debe sustituir a la evidencia, y la estrategia** -determinación en vista de la finalidad de una conducta que puede modificarse según las áleas encontradas

y las informaciones adquiridas- **debe sustituir al programa** -secuencias de actos fijados a priori y no modificables.

La apuesta y la estrategia tienen necesidad vital de un ejercicio pleno del pensamiento racional, y al mismo tiempo, de un élan apasionado por las grandes finalidades, de un nuevo enfrentamiento de Eros contra Thanatos, de una religión del relanzamiento. Sólo una fe renovada -fe que comporta la duda en cuanto a las posibilidades de realizar los fines -ella misma si se nutre de una gran esperanza, puede dar el alma y la voluntad para la gran apuesta fraternitaria y la aventura desconocida.

Es socialismo marxista disponía de un mesías -el proletariado revolucionario- al que sustituyó el partido omnisciente, (voluntariamente omnipotente y onmicognoscente. A.K.) del proletariado.

Faltó el tiempo para "desmistificar" el comunismo soviético, y luego el chino. La pérdida del mesías ha sido de hecho una ganancia, pues ha sido la pérdida de una ilusión. Hemos sido conducidos a las buenas voluntades, cualquiera fuesen sus orígenes, de raza o de clase. La buena voluntad es una potencialidad antropológica que bien puede inhibir los fracasos, las decepciones, las resignaciones, los hábitos, pero que puede despertar la esperanza.

Como lo dijo Vaclav Havel: Un gran potencial de buena voluntad duerme en nosotros, no está sino atomizada, intimidada, paralizada y desamparada, como si no supiese donde hacer pie, por donde empezar y como asumirla.

Son las finalidades de la antropolítica y la puesta en obra de una política de civilización, que permitirán a las buenas voluntades saber por donde empezar y como asumir.

FINALIDADES

La perspectiva original del socialismo fue **antropológica** (concerniente al hombre y su destino), **mundial** (internacionalista), y **civilizadora** (fraternizar el cuerpo social, suprimir la barbarie de la explotación del hombre por el hombre).

Desde el siglo XIX, el socialismo ha ligado las luchas contra las barbaries de dominación y explotación a la ambición de hacer de la Tierra la gran patria humana.

Se puede y se debe retornar sobre estas finalidades pero modificando los términos: el nuevo pensamiento planetario que prolonga el internacionalismo, debe romper con dos aspectos capitales de éste: el universalismo abstracto: "los proletarios no tienen patria"; y el revolucionarismo abstracto: "Del pasado hagamos tabla rasa".

No se trata de hacer tabla rasa para "revolucionar". Es necesario conservar para revolucionar y revolucionar para conservar. De donde surge una inevitable paradoja: la revolución tiene necesidad de conservar no sólo nuestros seres biológicos, sino también la naturaleza, la biosfera, la diversidad del mundo, las culturas que quieren vivir, la herencia del pasado que contiene los gérmenes del futuro. Pero conservar requiere revolucionar la humanidad para escapar a la autodestrucción y permitir la prosecución de la hominización, y acceder a la patria terrestre. De hecho, es necesario correlativamente conservar la idea de revolución y revolucionar la idea de conservación. Es la noción de metamorfosis que contiene este doble sentido, ya que una metamorfosis -radicalmente diferente de la revolución de la tabla rasa y de la conservación sin cambio-, lleva en sí la conservación de lo mismo en su transformación en otro. Ella salvaguarda transformándose y recompone descomponiéndose.

En lo que concierne al universalismo abstracto, necesitamos comprender a qué necesidades formidables e irreductibles corresponde la idea de nación.

Necesitamos no oponer lo universal a las patrias, sino ligar concéntricamente nuestras patrias, familiares, regionales, nacionales, europeas, e integrarlas en el universo concreto de la patria terrícola.

En fin, no necesitamos tampoco, oponer un futuro radiante a un pasado de servidumbre y supersticiones. Todas las culturas tienen sus virtudes, sus experiencias, sus sabidurías, al mismo tiempo que sus carencias y sus ignorancias.

Es en esta indagación en su pasado que un grupo humano encuentra la energía para afrontar su presente y preparar su futuro.

La búsqueda de un porvenir mejor debe ser complementaria y no antagónica con la búsqueda en el pasado. La búsqueda en el pasado cultural es para cada uno una necesidad identitaria profunda, pero esta identidad no es incompatible con la identidad propiamente humana en la cual debemos igualmente recurrir.

La patria terrestre no es abstracta, ya que de ella salió la humanidad. Lo propio de lo que es humano, es la "unitas multiplex": es la unidad genética, cerebral, intelectual, afectiva del homo sapiens-demens que expresa sus innumerables virtualidades a través de la diversidad de las culturas.

La diversidad humana es el tesoro de la unidad humana, la cual es el tesoro de la diversidad humana.

De donde el doble imperativo: reencontrar y cumplir la unidad humana en la expansión y desenvolvimiento de las diversidades. Salvar a la vez las singularidades y las diversidades e instituir un tejido común.

Igualmente es necesario establecer una comunicación viva y permanente entre el pasado, presente y futuro, igual que entre las singularidades culturales, étnicas, nacionales y el universo concreto de una tierra patria de todos.

HE AQUI LAS FINALIDADES

1. Salvar al planeta amenazado por nuestro desarrollo técnico/económico y nuestro subdesarrollo moral y mental.
2. Regular y controlar los procesos desencadenados.
3. Repensar, reformular en términos adecuados el desarrollo humano -y aquí incluso respetando e integrando el aporte de otras culturas que la occidental. El desarrollo que no se inscribe en la salvaguardia del planeta y en la prosecución consciente de la hominización, es insostenible.
4. Repensar, instaurar, restaurar, regenerar la democracia.

Uno de los grandes desafíos del próximo siglo será regenerar las ciudadanías locales y generar una ciudadanía planetaria, ligar nuestras diversas patrias, en el seno de la tierra-patria.

No se llega a regenerar una vida democrática local, regional a escala de ciudades, ni a generar una democracia más allá del marco nacional.

El camino será largo. Se trata de una política histórica, situada en el tiempo histórico y no más en el día a día, y destinada a modificar el curso de la Historia.

No sabemos si podremos salir de la edad de hierro planetaria y de la prehistoria del espíritu humano.

Resistir a la doble barbarie devino una necesidad primaria y vital.

Esta resistencia no sólo es condición de la sobrevivencia de la humanidad, sino que es necesaria para permitir un progreso de la hominización. Vamos siendo llevados a la vez a resistir, conservar, revolucionar.

Por tanto, civilizar la tierra, solidarizar, confederar la humanidad, respetando las culturas y las patrias, transformar la especie humana en humanidad deviene el objetivo fundamental y global de toda política que aspire a la vez al progreso y a la sobrevivencia de la humanidad.

HE AQUI QUE ES LO QUE PROLONGA Y TRANSFORMA LA AMBICIÓN SOCIALISTA ORIGINAL.

Proyectar desde la izquierda

Alberto Kohen. (Enero de 1999)

Una mirada retrospectiva sobre el país, hace pensar que **la izquierda no existe**, que ha desaparecido, lo cual es una manera de decir. En realidad hay una izquierda dispersa, que no logra reponerse de la derrota, y por lo tanto no alcanza la capacidad necesaria para proyectar el futuro en una Argentina desarticulada y descreída, resultante de las características y el contorno al que fue sometido, el proceso democratizador, abierto después de la caída de la dictadura militar, que la asoló hasta comienzo de los años 80.

En realidad le faltó capacidad para escuchar a la sociedad, y para elaborar y proponer un programa de cambios, creíbles y realizables, no sólo ideales, por eso se propone sólo la utopía, y ésta, como propuesta no basta, la sociedad reclama algo más.

Esa incapacidad de la izquierda para admitir, directa y francamente, la magnitud y el carácter de la derrota, y el hecho de que no pueda aspirar al poder político de la manera clásica como lo había pensado antes, para establecer una sociedad libre e igualitaria, la limita aún más para volver a pensar la sociedad actual, y repensarse como fuerza de gobierno de la sociedad, con un proyecto y un programa de cambios.

Del mismo modo, cuando la izquierda pensó en la necesidad de establecer alianzas para alcanzar el poder, siempre las concibió como transitorias, en lo social y en lo político, a mayor o a menor plazo, pero siempre como una coincidencia necesaria para redistribuir méritos y volver a la crítica que transforma al aliado de ayer en el enemigo de hoy. Y aún lo concibe así.

En realidad en la izquierda hay un combate entre la nos-

talgia y el cambio.

Y ello, le crea dificultades para ubicar las claves necesarias, para una lectura común y un programa común para **la sociedad argentina actual, en su conjunto**. Lo cual, también puede ser cuestionado desde la izquierda, pues en la sociedad argentina entran todos, explotados y explotadores, opresores y oprimidos, represores y reprimidos. Pero la expresión debe leerse desde el punto de vista democrático y progresista. O sea, ubicando en forma realista los cambios operados, antes y después de la dictadura militar, antes y después de la apertura democratizadora, y proponer un proyecto viable y creíble para la sociedad en su conjunto, y no sólo para una clase, sector o corporación, tanto para el presente, como para el futuro, bastante incierto, después de la política neo-liberal salvaje de los últimos años.

La izquierda debe recuperar la capacidad anticipatoria que caracterizó al socialismo desde sus orígenes.

Es una tarea prioritaria para la construcción de una **izquierda democrática, reformadora, estrechamente ligada a las tradiciones libertarias y socialistas** de amplio espectro, y con vocación de cambio.

Es decir, **una izquierda moderna para una alternativa de centro-izquierda**.

Una izquierda para las revoluciones del siglo XXI, que ya no serán un calco de las que recorrieron este siglo que finaliza.

No hay referencia universalmente válida ni un teoría clara en la que pueda sustentar su proyecto.

Una tarea de esta índole **no puede encararse sin fundamentos teóricos**, y para ello se requiere una **acción refundadora** también en este terreno. Para eso podemos, entre otras ideas, apoyarnos en muchas de las cuestiones suscitadas por Edgar Morin en su trabajo *"Para una Política de Civilización"*.

La izquierda no ha repensado lo suficiente el concepto y carácter actual de la democracia, para desterrar la idea antigua, en ciertos sectores de la misma, que impiden ver que **hoy, sin de-**

mocracia política no hay democracia social. Necesita repensar el valor de las reformas a las que asignaba un carácter transitorio, acumulatorio, hasta el momento de la revolución, y ver que **hoy la revolución no puede concebirse, en cierto sentido, igual que ayer.**

Si el siglo XX fue un siglo pletórico de guerras y revoluciones; el que viene, será también un siglo de guerras y revoluciones, aunque los cambios que se operan indican que ambas serán distintas a lo conocido. Será necesario comprender que las guerras hundan cada vez más al planeta en la barbarie, y las revoluciones necesitan encontrar otras vías, que impliquen tanto las transformaciones necesarias como la defensa de las conquistas logradas. Revolucionar y conservar.

La izquierda enfrenta una alternativa ética distinta a las que le presentaban con anterioridad.

Es necesario reconstruir **una izquierda para los años 2000**, que recepte y despliegue los derechos humanos revalorizados en largas décadas de lucha contra todas las formas de su violación, que este siglo acuñó de manera tan dolorosa. Tanto en las sociedades capitalistas como socialistas, desarrolladas o sub-desarrolladas.

En el fin del siglo las guerras en curso muestran la necesidad de una revaloración del concepto de la paz y del derecho internacional como base de un nuevo orden mundial sumido hoy en el caos hegemonizado por la alianza atlántica de los Estados más poderosos.

La izquierda necesita también renovar las raíces de su propia cultura, elevando el concepto de la personalidad en la búsqueda de la libertad individual, y el de la igualdad en la búsqueda de la democracia y la justicia social.

Del 83 al 99 se desarrolló en la Argentina, un proceso, etapa, o momento, de recuperación institucional. La dictadura militar fue sustituida por gobiernos elegidos por el voto de la ciudadanía. Esta recuperó su personería, su calidad de tal. Se modifica-

ron las relaciones entre la ciudadanía y las instituciones. Las pautas legales que sustituyeron a la arbitrariedad de los militares en el poder, también cambiaron en relación a las que existían anteriormente, en su forma y en su contenido.

Comenzó a producirse un recambio de las clases dirigentes. En todos los segmentos de la sociedad, altos, medios o bajos, de acuerdo a sus ingresos y modos de vida; burgueses o asalariados, según su lugar en la producción: trabajadores manuales o intelectuales; las relaciones entre los sexos, ya sea en el trabajo o entre sí; en todos ellos hubo cambios significativos. En algunos casos una verdadera revuelta.

Cambiaron las relaciones entre las generaciones. Las pautas de vida y los conceptos en la juventud se modificaron notablemente.

De un modo artero y salvaje, el segundo gobierno surgido del sufragio, a la par que imponía el modelo neo-liberal más crudo, corrupto y autoritario, fue minando en la conciencia de la gente la credibilidad en la política.

La economía absorbió total o casi totalmente a la política, y sus viejas lacras se mantenían, mientras se desplegaban otras. Las mafias se articularon a la economía en el poder.

El poder se hizo mucho más fuerte que cuando detentaba aspectos de la economía nacional, las finanzas y los servicios en general.

La derecha, más fuerte que la izquierda derrotada y debilitada, se adaptó rápido a los cambios, y aprovechó los humores antidemocráticos desprendidos de la antipolítica.

Se vieron erosionados todos los poderes republicanos, y se enseñoreó una visión propietaria de las instituciones políticas. Esta vez, con el neo-liberalismo, las clases dirigentes se vieron y se sintieron dueñas, propietarias, del poder, sin la intermediación militar.

Se impuso un enfoque puramente pragmático de la política, con ausencia de proyectos y programas a la vista, con programas

y proyectos ocultos, negadores de las promesas electorales, y en contra de los anteriores. Y, sin admitir alternativas, el nuevo bloque en el poder, fué ejerciendo una obscena exhibición de fuerza, y una subordinación plena al capital financiero internacional.

La izquierda dividida y derrotada, por el contrario, no demostró realismo ni rigor, menos cohesión y fuerza, mientras la dirigencia sindical culminaba su obra de descomposición, entrelazando sus intereses con los de las mafias.

Se hizo un culto del crecimiento económico y la estabilidad financiera. Tanto en el oficialismo como en la oposición.

Creció la incertidumbre en el futuro. Se hizo fuerte la idea de vivir el día, sin importar como, y de tratar de buscar una salida individual para el mañana, sin importar demasiado las penurias sociales, ni el destino de los otros.

Con el desguace del Estado y una estabilidad lograda a cualquier costo, crecieron la desigualdad y la injusticia social, la desocupación, la violencia, la polarización y la marginalidad, la concentración de la economía y del poder, los problemas y agresiones al medio ambiente, y la improvisación en todo lo que se refiere a las contadas prestaciones que el Estado retuvo en sus manos. Descendió el nivel de vida, la educación, la seguridad y la salud pública.

La idea del crecimiento por el crecimiento, como antes la del desarrollo por el desarrollo, fue impotente para encarar soluciones a los problemas.

La inserción en la globalización capitalista, desarticuló todos los mecanismos anteriores y despistó a la izquierda.

La actuación de una derecha fortalecida y actualizada, y una izquierda debilitada y desconcertada, impidió la gestación en profundidad de una auténtica **alternativa de centro-izquierda**, como fuerza capaz de dar respuestas coherentes a las incertidumbres del presente, y de proyectar el futuro argentino. El cambio se hizo más deletéreo, y cada vez que se habló del "centro" se impuso un "centro-derecha".

El centro-izquierda, también el centro derecha, no se debe concebir como un sumatorio de minorías y descartes, como una plataforma litigiosa, sino como una fuerza estructurada y cohesionada.

Implica, un programa y una propuesta de gobierno, en torno a un núcleo común de valores e intereses, un proyecto de futuro.

Norberto Bobbio (Centro, tentazione senza fine) pág. 15:

"Si derecha significa conservar e izquierda renovar, el centro en el sentido positivo del término, debería representar la posición de la "fedeletería creativa" (en el sentido que le daba en el 45 Augusto Del Noce, en el debate con Bobbio). Política difícil - sigue Bobbio-, pero la única posible en una época de reconstrucción moral, cultural y política después de la catástrofe del fascismo, si no se quiere recaer en los viejos errores."

No es el mal menor, equidistancia y menos eclecticismo. Es voluntad de conservar y aún rescatar valores adquiridos, y de cambiar, renovar, revolucionar, viejos estilos y modos de vida, de trabajo y de acción social y política. Es la idea de una política de reformas capaz de conservar y revolucionar al mismo tiempo, es cordura y audacia a la vez, es responsabilidad y transparencia.

La actitud crítica no basta. Es necesaria una actitud crítica-constructiva que proyecte el país desde la realidad nacional, latinoamericana y mundial, hacia la transformación necesaria, que comienza por un cambio sustancial de mentalidad.

No puede decirse que no se haya intentado. Pero en la Argentina nunca logró consagrarse una opción auténticamente de izquierda o de centro izquierda.

La Alianza, constituida sobre el derrumbe de los esquemas clásicos anteriores, se presentó como una posibilidad. Pero, en su estado actual, va dejando atrás la imagen de alternativa de centro-izquierda con que muchos la proyectaron, por causa de su licuación y adaptación a los esquemas y modelos "exitosos" del despliegue neo-liberal imperante, y a las gastadas reglas de la vieja política desprestigiada.

No obstante ello, sigue siendo un intento valedero.

Cambiaron las cosas desde el 83, y también desde el 89. Cambiaron con el ascenso neo-liberal operado no a través de estructuras políticas conservadores, sino por medio de estructuras populistas imbricadas en alianzas de mafias y burocracias (estatales, sindicales y empresarias).

La Alianza se convirtió en sinónimo de una posibilidad más democrática, sin mafias y con menos corrupción, aunque sin diferenciarse sustancialmente, de las propuestas del bloque opuesto.

El cambio como necesidad y la izquierda en el cambio

La izquierda no está viviendo **la época** del Manifiesto de 1848, ni la de la Revolución Rusa de 1917.

Ahora debe mostrarse en una escena mundial cambiada, a partir del desmoronamiento del comunismo, por poner una referencia, sin que sea la única.

La izquierda debe proyectarse a los años 2000.

Los cambios de época se van gestando paulatinamente, primero con el desgaste de valores adquiridos, y luego estalla de manera visible, y muchas veces violenta ante los ojos de la gente, que no alcanza a explicarse el derrumbe de muchas cosas, y la aparición de otras en su lugar.

En todo sentido se vive una **crisis de civilización**.

En nuestro país, sus manifestaciones, se fueron acumulando de la misma manera, y se hicieron muy patentes a partir de 1989.

A diez años de entonces, sólo se han desarrollado algunos procesos, otros recién maduran, y falta recorrer mucho camino para establecer la desembocadura de los cambios.

En el Ínterin se desplegaron:

- Procesos democratizadores, de pacificación y desmantelamiento guerrillero, en toda América Latina.
- Tumultuosos procesos de liberalización en los países socia-

listas de Europa Oriental que pusieron fin al comunismo ortodoxo, implantando en su sitio, por lo general, un capitalismo salvaje, con excepción de los que habían logrado un mayor desarrollo económico.

Otros países socialistas alineados con la antigua Unión Soviética, ensayaron políticas económicas liberales sin desmantelar sus esquemas políticos, y China se siguió desarrollando como una gran potencia.

En nuestra región Cuba, a costa de ingentes sacrificios, reafirmó su proyecto político y sobrevivió al bloqueo económico norteamericano, y a un derrumbe anunciado por sus adversarios y temido por sus amigos.

- Se desplegó un poderoso auge del neo-liberalismo económico y la globalización de la economía capitalista mundial, con una fuerte concentración del capital multi y trans-nacional, una liquidación de conquistas sociales históricas y el crecimiento de la marginalidad, junto con un auge de la derecha política. Este proceso fue notablemente expresado por la "revolución conservadora" de la Thatcher y de Reagan.

- Se desmanteló el Estado de Bienestar, hizo crisis el concepto clásico del Estado-Nación y se impulsaron procesos de integración regional.

- Pero, con el posterior fracaso del neo-liberalismo, para resolver viejos y nuevos problemas sociales, en los últimos años, se fue produciendo un resurgimiento de la conciencia política, para encarar soluciones de otro tipo, y cubrir el vacío producido por la negación o mutilación de los derechos sociales conquistados en las primeras décadas del siglo XX.

- Después de la 2a. Guerra Mundial se siguieron desplegando guerras y violaciones a los derechos humanos, que, como reacción dieron lugar al surgimiento de nuevas noqrias protectoras, internas e internacionales, frente a los nuevos genocidios y formas represivas como "la desaparición forzada de personas".

- El siglo XX vio el fin de las formas clásicas del colonialis-

mo, incluso del régimen del "apartheid", pero surgieron nuevas formas de dependencia y dominación, y se desplegaron con crueldad sin límites, conflictos y guerras nacionales, locales, interétnicas y religiosas.

- El fin de la Guerra Fría dejó a los EE.UU. como el exclusivo gendarme mundial, como la única potencia con poderío militar y económico, con capacidad de intervención militar y económica.

- Se produjeron verdaderas revoluciones, tanto en la ciencias sociales, naturales y humanas, como en la técnica.

- Se desarrollaron a la par, el deterioro y la degradación acelerada del medio ambiente, y la conciencia de la necesidad de su defensa.

- Una verdadera revolución informática engendró un verdadero "poder mediático", ejerciendo e impulsando a los medios masivos de comunicación, ya sea en sentido positivo o negativo, a ejercer un rol institucional cada vez mayor.

Sin embargo, la izquierda no cambió de acuerdo a la celeridad de estos procesos, y su vitalidad aparece por lo tanto, naturalmente condicionada, a su capacidad para **re-proponerse a sí misma, y de transformarse en consecuencia.**

Dos aspectos esenciales alrededor de los cuales construyó sus fundamentos históricos, se debilitaron y se modificaron sustancialmente: uno, la idea lineal del progreso, y otro, el sujeto social, la clase obrera, como portadora en sí de un proyecto general de transformación social.

Se transformó igualmente la idea del cambio como progreso y como expresión del desarrollo de las fuerzas productivas.

Hoy la evolución de la sociedad se presenta **como una posibilidad, más que como una necesidad.**

El cambio es posible pero no se produce necesariamente. El cambio puede significar un progreso o una regresión.

Dos ideas se van estableciendo: el de la posibilidad de opción ante dos o más vías; y el de la posibilidad de que a determinadas

acciones correspondan reacciones inesperadas o no deseadas.

La mera relación de causa-efecto pierde las antiguas connotaciones, y la exclusiva dialéctica de la identidad y lucha de los contrarios o de la negación de la negación, resultan insuficientes, tanto para explicar los fenómenos como para establecer proyecciones.

Hoy entran en consideración factores como el álea, el de la personalidad individual y colectiva en sus contornos extra económicos, etc...

El crecimiento del Estado, y el propio crecimiento de la economía, han sido insuficientes para garantizar una paz duradera, un bienestar social y una libertad generalizada. Más bien, en muchos casos, provocaron el efecto contrario.

El desguace del Estado no pudo ser completado por la dictadura militar, que como tal, necesitaba un Estado fuerte y omnipotente. Con la democratización de las instituciones y el repliegue militar, se pudo llevar a cabo, en un contexto más amplio, el achicamiento del Estado.

Hoy la brújula no es la misa, Es menester encontrarla para que la izquierda sea concebida no sólo como fuerza del cambio, sino de la conservación de las conquistas históricas de la Humanidad.

En Italia, uno de los herederos del histórico Partido Comunista, el Partido Democrático de Izquierda, al frente de la coalición de gobierno al momento de escribir estas líneas, fué el que más supo interpretar el cambio de época.

Massimo D'Alema, impulsor de su nueva política, entendió ésta como "capacidad de intervenir en los procesos reales", "madurando un proyecto en devenir, expresión de un horizonte de valores y de objetivos, y no de una abstracta modelística social". Y esta concepción le permitió convertirse de alternativa, en fuerza de gobierno.

Y una vez en el poder enfrentó problemas inéditos, internos y externos, alguno de los cuales la conmocionaron, como la gue-

rra en Yugoslavia.

La historia del PCI, como la de otros partidos comunistas, y socialistas, en otras circunstancias, es una muestra de como la izquierda puede **reinventarse** y **remotivar** a la sociedad.

Sin embargo las crisis y las guerras superpuestas en este oscuro fin de siglo no admiten el optimismo.

Los nuevos intentos que se emprendieron pronto se vieron sometidos a la prueba de una globalización capaz de engendrar la mayor disgregación que haya debido enfrentar la sociedad, las contradicciones más flagrantes y las paradojas mas insólitas.

EL COMPROMISO DE LA IZQUIERDA

¿Será capaz de reconstruir un compromiso entre el capitalismo y la democracia, entre las regiones de la economía y la política, y al mismo tiempo construir el consenso necesario para ir amasando un proyecto de sociedad más libre e igualitaria? Por supuesto en las actuales condiciones. Ni en las del pasado, ni en las hipótesis de un incierto porvenir luminoso.

Para eso necesita realizar una labor refundacional, teórica, política y aún en cierto sentido orgánica, nada fácil después del triunfo neo-liberal. Para pensarla, el trabajo de E. Morin es una contribución apreciable.

No se trata sólo de fotografiar el caos.

Hay que establecer pautas frente a los conflictos. Regularlos, y hacer compatibles los mecanismo de regulación y solución de los conflictos, con el funcionamiento complejo de la sociedad actual y los nuevos problemas que afronta.

Un proyecto de izquierda debe ser un proyecto esencialmente democrático, lo que implica elaborar un sistema de participación y toma de decisiones, que reafirme los viejos conceptos de soberanía popular y nacional, y establezca los nuevos mecanismos superadores.

Deberá moverse entre la necesidad de optar frente a las soluciones posibles, y la espontaneidad de los procesos sociales, que compatibilice la utopía marxiana de un modo de producción exclusivamente regulado por los hombres y la del libre juego de las condiciones del mercado.

Al respecto, recordamos también que un aporte en este sentido son los trabajos de Jacques Bidet, su Teoría de la Modernidad, traducida y publicada en nuestro medio, y más recientemente, su Teoría General.

El autoritarismo y el neo-liberalismo pudieron instaurarse precedidos por la **antipolítica**, el desprestigio de las instituciones políticas en general y de los partidos políticos en particular.

La izquierda democrática y moderna debe contraponer a la antipolítica, una política democrática superadora de la mera crítica de la democracia burguesa, y basada en las instrumentaciones necesarias de la capacidad de decisión, que se muestre no sólo en el momento de elegir sus representantes por medio del voto.

Deberá instrumentar los mecanismos que aseguren la participación y la capacidad de decisión de los ciudadanos, en una correcta ubicación del Estado, sin perjuicios estatizantes ni antiestatistas a la violeta.

En una palabra, la izquierda deberá contraponer una política a la anti política. Debe repensarse y refundarse, como un espacio de la política capaz de cubrir un tejido social mucho más complejo que antes. Y, al mismo tiempo lograr una redefinición de la democracia capaz de afirmarse en la superación de las instituciones que la caracterizan y que han resultado tan desprestigiadas por la antipolítica.

La **solidaridad** como valor social, debe ser elevada al rango de fundamento. Igual que la ética en la conducta política.

Lo que es capaz de unir a la sociedad moderna en toda su complejidad, no es la solidaridad de clase, sino la solidaridad social y humana, a partir de la familia, el trabajo, la ciudad y las naturales agrupaciones creativas de la vida moderna.

Asumiendo alguna de sus funciones y distribuyendo otras entre las comunidades y organizaciones intermedias, el Estado moderno se proyectará de un modo no rígido, afirmando la tendencia a la asociación voluntaria y alentará una federalización, más allá del federalismo regionalista. Acentuará el rol de la ciudad y del individuo-ciudadano-, más allá también de un estatismo abstracto y de un mero criterio eficientista.

La izquierda el siglo XXI debe responder a las cuestiones candentes de la **comunicación**, no como plaza mediática telemática, sino como un espacio donde la participación es aún más necesaria para integrar un proyecto democrático.

Ninguno de los problemas económicos más graves que deja este siglo, por ejemplo el paro forzoso crónico, podrán encararse sin establecer una relación correcta entre el crecimiento necesario, y los nuevos trabajos. En ambos se han producido cambios de calidad y cantidad.

Un salto en el mundo del trabajo y en la organización del trabajo puede conducir, al mismo tiempo, a una mayor autonomía del trabajador y al despliegue de su actividad creativa.

La izquierda debe privilegiar los nuevos rasgos del trabajador, y en ellos, junto a la seguridad y la salud, la libertad individual, y la posibilidad de sentirse realizado en su propio trabajo.

La globalización capitalista, no ha sido capaz de crear nuevos empleos, por el contrario tiende a suprimir la ocupación.

La izquierda está obligada, si quiere producir un proyecto creíble y realizable, a tener en cuenta la nueva tecnología y las condiciones de su aplicabilidad, priorizando la defensa del ser humano, trabajador y ciudadano, y de la naturaleza, medio ambiente y recursos naturales.

Deberá también repensar las relaciones entre los tiempos de la persona en todas las facetas de su vida: tiempo de vida, de trabajo, de estudio, de esparcimiento; y el ámbito de trabajo y vivienda.

La izquierda no puede limitarse a defender los derechos ad-

quiridos y las conquistas de la civilidad, debe proyectarse invirtiendo más en el futuro, sobre las nuevas generaciones, ofreciendo más oportunidades a un nuevo bloque social, compuesto por los sectores más dinámicos, incluso del capitalismo, pequeñas y medianas empresas y nuevas profesiones.

La izquierda debe mostrarse ya no como mera contestataria, sino como una fuerza con responsabilidad y propuestas de gobierno, trabajando para construir una comunidad cohesionada.

MANIFIESTO DEL SIGLO XXI

Alberto Kohen

01 manifiesto del siglo XXI en lugar de las apelaciones al esclavo frente al poder de los amos, al burgués ante la dominación feudal, y al proletariado para la liberación social de la explotación capitalista, tendrá que convocar al ser humano para liberarse de los horrores y las regresiones a que lo fue conduciendo el triunfo de la globalización capitalista y neoliberal, en el último cuarto del siglo XX.

El manifiesto de la izquierda para el siglo XXI se debate entre la nostalgia y el cambio.

Las revoluciones y las reformas sociales del siglo XX se agitan como fantasmas del pasado, engendrando las fantasías del presente, en una mezcla de realismo y utopía. Fueron cruentas las revoluciones e insuficientes las reformas.

Las guerras de todo orden que siempre tiñieron de rojo el mapa del mundo a lo largo de todos los siglos, en éste que termina siguen mostrando la barbarie de los cataclismos humanos, que preanuncian un tercer milenio cargado de nubes tormentosas.

En este fin de siglo oscuro, el ser humano se debate entre la vida y la muerte. Todo el planeta se encuentra frente a dilemas vitales.

La capacidad destructiva acumulada, por el ser humano, es tan grande como para acabar con todo signo de vida en la Tierra.

El humano cuyo sello es la locura, disfruta del privilegio de ser el único ser, capaz de ejercer una violencia premeditada, y pareciera esforzarse en su perfeccionamiento.

El capitalismo y su globalización mostraron que el desarrollo

Un manifiesto para la humanidad

de las fuerzas productivas, por sí mismo, no es capaz de garantizar el progreso. El despliegue de la ciencia y la tecnología a niveles que superara todo lo que se pudo imaginar, acarreo tanto el progreso, como la regresión.

El socialismo como se lo pensó en el siglo XIX, y como se intentó realizarlo en el siglo XX fracasó. No pudo evitar las injusticias, las guerras, la explotación del hombre por el hombre, ni la dominación y la dependencia de unos pueblos y naciones, por otros Estados más poderosos, militar y económicamente. Sin embargo, el socialismo sigue representando una esperanza de libertad, justicia e igualdad, porque no había otra cosa después del capitalismo.

Las grandes revoluciones que proclamaron la libertad, la igualdad y la fraternidad, son banderas que, después de más de dos siglos, siguen tratando de ubicarse en la vida real de las sociedades modernas, y no lo consiguen.

Las grandes revoluciones que proclamaron la independencia de las naciones, la justicia social y reivindicaron al hombre nuevo, liberado de todas las cadenas y de su propia alienación, en el siglo XX, tan sólo lograron mostrar la impotencia o la ineficacia de los proyectos transformadores. Devoraron a sus hijos e inmolaron a los propios revolucionarios.

Las grandes reformas sociales que se pudieron almacenar durante un siglo de esforzadas luchas obreras y populares, no alcanzaron a cambiar el mundo, y fueron suprimidas o desvirtuadas, en gran parte y en poco tiempo.

El capitalismo ya no es el fin de la historia, pero el socialismo tampoco.

Como dijo Marx en 1844." En primer término, tenemos la restauración porque otros pueblos osaron una revolución, y en segundo lugar porque otros pueblos padecieron una contrarrevolución; una vez porque nuestros amos tuvieron pavor y otra porque nuestros señores no tuvieron miedo."¹

1. Introducción de Carlos Marx a Líneas Fundamentales de la Filosofía del Derecho. Ed. Claridad, Bs. As., 1937, pág. VII.

El mundo actual vive otras condiciones. Pero su actualidad es indiscutible. Cada momento de guerra y reacción, engendró su correlato de paz y revolución; y cuando estas se desplegaron, su frustración dio paso a guerras más crueles y reacciones más crueles.

La esclavitud no pudo ser desterrada. El ser humano aún no pudo romper las cadenas que él mismo se fue colocando, en todo el curso de su historia.

Todas las teorías religiosas y filosóficas que anunciaron su fin, en este mundo terrenal o en otro del más allá, no se realizaron ni pudieron comprobarse.

Los sueños sucumbieron ante la realidad, y la derrota de los revolucionarios alimentó la nostalgia.

La revolución del siglo XXI no puede proponerse ninguna transformación si no parte de un hombre nuevo que debe ser el producto de un cambio de mentalidad.

Comenzará por cambiar el ser humano o no podrá cambiar a la sociedad ni establecer un nuevo orden del mundo, más justo, más libre, más humano.

Y aquí comienza la utopía. Y también la tarea: crear la nueva conciencia, desde adentro y no desde afuera del propio hombre. Es un proceso de auto-producción y no impuesto.

La revolución social del siglo XXI será la revolución del ser humano en todas sus múltiples facetas, individual y social, material y moral, productor y consumidor, trabajador manual e intelectual; y en todas sus relaciones : entre sí, en las vinculaciones personales y sociales; y en su relación con la naturaleza que lo rodea y de la que forma parte.

Será una revolución en la conducta del ser humano. Será una revolución en la conciencia que de sí posee el hombre. La revolución será una revolución jurídica y moral. Proclamará la prioridad de la ética. Una revolución en el siglo XXI tendrá que afirmarse en la moral y en el derecho.

La Revolución del siglo XXI, contra todo reduccionismo,

proclamará la realización de todas las fantasías del ser humano, provengan de su conciencia religiosa, filosófica, política o moral.

Como consagración de la fantasía humana, la Revolución del siglo XXI será la Utopía, que es como decir un paso más en el conocimiento más completo y más complejo del ser humano.

No sólo la libertad, la igualdad, la fraternidad, la justicia social, la abolición de la esclavitud en general y de la esclavitud asalariada en general, la soberanía de las naciones y el derecho de los pueblos a la paz y a la seguridad colectiva, serán sus consignas, sino las propias conquistas que el hombre creyó alcanzar para siempre en el transcurso de las luchas sociales, políticas y jurídicas del siglo XX.

La explotación infantil, la desnutrición, el paro forzoso, el analfabetismo, la exclusión y la expulsión de pueblos enteros, junto a nuevas y viejas enfermedades, plagas y calamidades, serán aún motivo de las revoluciones venideras.

Quiere decir que las revoluciones del siglo XXI tratarán de consagrar las conquistas que se proclamaron en todas las revoluciones y en todas reformas sociales que se emprendieron en la historia.

La Revolución del Siglo XXI será la Revolución de los sueños, la revolución del hombre liberado de sus propias cadenas.

El Manifiesto del Siglo XXI no constará en textos pomposos. Están en pie la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, el Manifiesto Comunista de 1848, las solemnes Cartas y Declaraciones de las Naciones Unidas, y otras que penan por su vigencia.

El Manifiesto del Siglo XXI no saldrá de la cabeza de pensadores iluminados.

El Manifiesto del Siglo XXI será el manifiesto de la inmensa legión creciente de niños de la calle, desnutridos, explotados y prostituidos, de los hombres y mujeres sin trabajo, sin techo, sin

tierra, sin seguridad ni esperanza frente a la vejez, a las viejas y nuevas enfermedades, a las calamidades humanas y naturales, que asolan a la humanidad.

Será el Manifiesto de los pueblos sometidos y sojuzgados por los poderosos, de las víctimas del odio racial, de las "limpiezas étnicas", y de las guerras desencadenadas sobre el planeta. De las masas de millones de "refugiados" trahumantes que han perdido la patria, la nación, la cultura.

Será el Manifiesto de los trabajadores, manuales e intelectuales, de la ciudad y del campo, que no son dueños de su trabajo, y de los científicos y artistas que no son dueños de su creación.

Será el Manifiesto de todas las víctimas de la represión y del terrorismo estatal, de los que sufrieron y de los que aún sufren la cárcel sin motivo, la tortura aberrante, la muerte biológica y la muerte en vida de la desaparición forzada.

Será el Manifiesto de los desaparecidos que vagan en la sombra, clamando justicia, como fantasmas acusadores de la ignominia humana. Será el Manifiesto de las Madres, de las Madres de Plaza de Mayo, de Estambul y de todas las capitales del mundo que claman por sus hijos, de las Abuelas y de los hijos de los hijos desaparecidos.

El Manifiesto del Siglo XXI será, una vez más, el Manifiesto de los soñadores, será el Manifiesto de quienes siguen alimentando la esperanza de un mundo mejor, aunque no sea tan perfecto como se pensaba. Por lo menos mejor.

Será el Manifiesto de los que aún creen que todavía hay tiempo para el cambio.

25 de mayo de 1999.

Comentario Crítico de Luis Duhalde

Estimado Alberto:

He leído con mucha atención tu trabajo a propósito del artículo de Morin, que tan amablemente me dieras a leer. Reconforta constatar que en medio de este *asalto a la razón* que muestra tan obscenamente este fin de milenio, y en medio del no menos desesperanzador presente argentino, hay quienes no se rinden e intentan la aventura del pensamiento, buscando iluminar esta cerrada noche.

Tu texto y el de Morin, sugerentes e interpelantes, resumen razonabilidad en los objetivos que marcan como suerte de *Programa de la Humanidad*, e invitan a sumarse a la reflexión. Sin más títulos que el pertenecer a los que creen que no es esta una tarea vana, te adjunto algunas consideraciones que ambos textos me generaron al calor de su lectura. Por cierto que no son más que interrogaciones, carentes de todo carácter apodíctico y forman parte del cúmulo de dudas que reemplazaron a las antiguas certezas idealizantes con que nos acorazábamos en el pasado.

I

La herencia de Marx y el papel de la " izquierda dispersa "

En el trabajo hay varias afirmaciones, que se van deslizando en el texto, casi como si fueran verdades incontrovertibles, y que creo deben ser *puestas en cuestión*. Esto no implica su negación de plano y su rechazo, sino la necesidad de constatar si las mismas no forman parte del viejo arcón de verdades inverificadas

con que construimos aquel irreductible dogmatismo estallado en pedazos; o si por el contrario, forman parte del instrumental a que no debemos renunciar.

La afirmación de que el pensamiento de Marx sigue siendo " uno de los medios capaces de proporcionar las claves para comprender y transformar el mundo en la bisagra de este fin de milenio", merece al menos, preguntarnos que es lo que queda en pie para su " integración en una nueva concepción del mundo", tal como se propone. Después que Edgar Morin, plantea el rechazo de las certidumbres de la ciencia como preconizaba Marx como base del fundamente cognoscitivo; luego de descalificar por errónea a la creencia marxiana de que la materia era la realidad esencial del universo -piedra basal del materialismo-; de advertir la inexistencia de una dialéctica soberana sin áleas ni bifurcaciones que sustentó la filosofía de la praxis; de afirmar las esferas de autonomía de la libertad creativas, inimaginadas dentro de la concepción del materialismo dialéctico; de calificar la concepción antropológica de Marx como unidimensional (el homo faber) en detrimento de una concepción de homo sapiensdemens; de cuestionar la racionalidad profunda de la historia y de caracterizar - por cierto que con razón- como mesiánica y no científica la misión histórica del proletariado: ¿Qué queda del pensamiento del viejo Marx? Sin duda, muchos aspectos, pero a condición de sacarlo del santuario y colocarlo en nuestra biblioteca, junto a los grandes pensadores de la humanidad desde Aristóteles a Kant, Rousseau, Locke, Hobbes, etc.,etc., quienes hicieron aportes indelebles en la historia de la filosofía política, y sin embargo, hoy nadie piensa que el pensamiento de cada uno de ellos es excluyeme, cerrado y autosuficiente para interpretar al mundo. Bajar a Marx de ese falso pedestal, es también lo que propone Morin. (No olvidemos que el propio Marx, fue el primero en decir que él no era *marxista*).

Lo que debemos preguntarnos es con tantos reparos y con esta menguada aceptación de su herencia con beneficio de in-

ventario es: ¿ha sobrevivido, en tanto pueda ser posible hacer una reelección válida desde el presente, el marxismo como teoría política de interpretación de la Historia?

Es evidente, que ello no es una preocupación meramente académica, cuando se trata de encontrar una filosofía para la acción.

Por ello también cabe preguntarse cuando se habla de una " izquierda dispersa" y de " un proyecto para la izquierda", ¿ de qué izquierda estamos hablando?, ¿ de una categoría político-social? ¿ de una entidad política operante en la realidad? ¿ con qué contenido y con qué identidad legitimadora? ¿ o se trata, no de una izquierda, sino de " izquierdistas" sobrevivientes en la larga marcha de la dispersión y la desaparición?

En el trabajo se habla de " la vitalidad condicionada de la izquierda" y también del " compromiso de la izquierda", lo que aparece más como deseos imaginarios, que como realidad tangible. La izquierda remanente y fantasmal hoy no puede proponerse como alternativa, y menos sin plantearse su autonegación como tal. No creo en verdad que deba recuperar sus tradiciones, sino romper con ellas, más allá del halo romántico que emana de la nostalgia, del mismo modo que precisa una formidable cuota de valor para poner todo en cuestión, comenzando por su propio andamiaje ideológico. Su incapacidad para pensarse ahora como sólo una parte constructora del futuro de la humanidad - y no como alternativa-vanguardia de conducción del proceso histórico- no proviene de que ha sido " derrotada", sino de su fracaso, propio de su intrínseca condición degenerativa, aunque resulte muy fuerte expresado así. No es la derrota lo que le impide repensarse a sí misma, sino las categorías con que pretende hacerlo, que son las mismas que la llevaron precisamente a su implosión.

La izquierda no ha derribado su propio muro del dogmatismo gris donde la consigna reemplazó a la razón y la proyección mesiánica al análisis plural, contradictorio y mutante de la reali-

dad. No ha cambiado en sus estructuras mentales, sus categorías de análisis, su concepción de la sociedad, de la construcción política, el modelo de Estado y del socialismo. Nada puede esperarse de esa izquierda si no empieza a autodestruirse como tal, para recién refundarse como una entidad política distinta a lo que era.

Forma parte de ese pensamiento mesiánico cuestionado creer que hay una misión incumplida de la izquierda y que esta misión sobrevive como mandato social universal. La izquierda ya cumplió su sueño mesiánico: la construcción del llamado " socialismo real" a imagen y semejanza de su andamiaje teórico.

Debemos sincerar ideológicamente la cuestión. Visto desde el presente y con la perspectiva del tiempo: ¿ acaso el stalinismo fue una mera contingencia no prevista, que desvió el decurso natural del modelo socialista? ¿La aplicación concreta del marxismo-leninismo no desembocaba naturalmente en el stalinismo?

¿Los cimientos de éste, no se encuentran en el modelo de partido autoritario del *Qué hacer*, en la concepción del Estado policíaco que emerge del *Estado y la revolución*, en la concepción de la política revolucionaria como negación de la democracia, ínsita en " Las dos tácticas de la socialdemocracia"?

Si llegáramos a responder afirmativamente estos interrogantes, ¿ nos queda sólo el inmovilismo y la desesperanza?

De ninguna manera. Lo que nos queda es encontrar los propios instrumentos para *contribuir* a transformar al mundo, esa tarea colectiva que trasciende a toda entidad política y a todo actor en particular. Tampoco el objetivo común de salvaguardar vitalmente a la humanidad amenazada, será patrimonio exclusivo de ninguna " izquierda" sino de múltiples sujetos-sociales, políticos y de derecho-, capaces de elevar la solidaridad y los derechos humanos al rango de fundamento de la democracia como estilo de vida colectivo. Y por cierto que no será fácil.

Para repensarse como parte de algo nuevo no alcanza con sumarse desde lo viejo. Y no por viejo sino por propo-

sicionalmente incorrecto. No puede hacerse desde una concepción que se asienta en el papel de la lucha de clases como motor de la historia: que no aceptó el nacimiento de múltiples sujetos de derecho social que trascienden al proletariado y a su conciencia atribuida, y que cuando lo hizo trató de subordinarlos a las estrategias de los autoproclamados "partidos revolucionarios"; y que hoy cree que la solución -casi mágica- está en su corrimiento político hacia el centro en el plano de la partidocracia parlamentaria, sumándose a la corruptela de ésta. ¿No es tan malo abroquelarse en el viejo sueño del partido de cuadros como creer que alcanza con licuarse en las aguas del Jordán centrista, que de centro tiene poco y mucho de conservadurismo republicano?

II

La crisis de representación política del sistema democrático

Para imaginar una democracia distinta, capaz de hacer viable ese proceso esperanzador de la Humanidad, no puede pensarse en términos de un proyecto de centro -izquierda. No alcanza. La democracia de masas escapa al enchalecamiento dentro de un sistema deslegitimado, aunque le pongamos un chaleco de luces.

A lo largo de la faz de la tierra, la conducta de los profesionales de la política con sus promesas y programas incumplidos, con su desentendimiento de las necesidades de sus representados y con el vaciamiento de las formas participativas ha ido anestesiando el interés ciudadano que ve con ajenidad el sistema democrático constitucional, hasta el punto de agravar la crisis de representación del modelo social.

Esto es tan cierto como que, en casi todos los países incluida la Argentina, la ausencia de una moral y ética política en el ejer-

cicio de la función pública también ha contribuido de buen grado a esa deslegitimación del sistema de representación institucional. Sin embargo quedarnos en estos niveles de análisis importaría transitar por la superficie del problema, que es mucho más profundo.

No es que simplemente esté en crisis la aplicación del sistema democrático formal, sino que lo que aparece como cuestionado para representar los intereses de la ciudadanía es el propio sistema político de representación. Es que resulta perfectamente advertible que tanto los intereses colectivos como el poder social aparecen expresados en términos abstractos y por ende, incapaces de impulsar la satisfacción de aquellas aspiraciones. Como contrapartida a esta irrepresentatividad, los sectores sociales se ven obligados a la defensa de sus intereses específicos por otros canales no parlamentarios y básicamente por la acción directa.

La política -en tanto ausencia de toda forma participativa post-voto- no se nutre de las energías populares. La abstracción es, precisamente, la que lleva a que no se configure el pacto de compromiso político entre el mandante colectivo y el grupo político elegido. En las democracias modernas no hay mandato concreto, no hay juicio de responsabilidad ni mecanismos de control: solo se propende a la cultura de la impunidad. De este modo los poderes públicos cada día se apoyan más en criterios y pautas de acción derivados de fuentes distintas al propio proceso político-social, donde la actividad política es reemplazada por la sociedad del espectáculo, con su visión mediática de la política, que convierte al ciudadano en mudo espectador y a los dirigentes, en actores de una realidad virtual, donde la palabra sustituye a la práctica social.

Las formas políticas alternativas que la ciudadanía adopta para paliar esta ausencia de participación y de mandamiento traen como consecuencia, la elaboración de políticas contestatarias o de presión frente a la acción estatal, pero no resuelven la parado-

ja de que el sistema político imperante no sea el vehículo propio de satisfacción de las necesidades de aquellas mayorías que lo han ungido en la función pública con su voto.

Esta característica deslegitimadora de los actuales modelos universales de partidos políticos en relación a las demandas del conjunto social lleva a una peligrosísima tendencia a la profesionalización de la carrera política, que sólo es accesible a segmentos cada vez menores de la estructura social, contribuyendo a disminuir la confiabilidad de los partidos políticos.

Paralelamente -y esto es de suma gravedad- los partidos generadores de los elencos gobernantes resignan absolutamente su papel directriz de la sociedad política, ya que no son ellos como fuerza y conjunto los que imponen sus políticas a sus dirigentes en las funciones públicas, sino que se convierten en la mera apoyatura pasiva justificatoria de los arbitrios de los gobernantes, puesto que carecen de fuerza y de voluntad para modificar tal estado de cosas. Y esto es así porque no se nutren en la participación de la base social. Consecuentemente existe la tolerancia en aceptar que aquellos dirigentes que llegan a través de los partidos, luego aparezcan como propietarios individuales de la función pública, pareciendo ungidos más por la voluntad de Dios, que por la voluntad popular y las pertenencias partidarias, generándose pensamientos mesiánicos y autoritarios.

Esta situación crea formas absolutas de alienación política: hoy, en general, el Estado democrático no responde a las leyes de representación democrática. El pueblo no gobierna a través de sus representantes y vistas desde la perspectiva de los intereses sociales, las instituciones constitucionales pierden relevancia y funcionalidad. Una peligrosa cornisa que recorren las democracias occidentales, extendidas como modelo universal tras la implosión del mundo socialista.

La prospección que formulamos del modelo democrático parlamentario y de sus unidades operativas -los partidos políticos- no parte de una visión ingenua de colocar la raíz de los proble-

Un manifiesto para ta humanidad

mas en las formas de organización política, *olvidando que ellas no son casuales y que responden a la existencia de fuertes sectores dominantes dentro de las estructuras de poder económico que articulan y condicionan la política para que sea de éste y no de otro modo.*

El modelo neo-liberal impuesto como la panacea de la política de la globalidad universal, necesita de este vaciamiento de la política. Por ello, el primer paso de rechazo de este modelo (en nuestro país, no sólo adoptado a rajatabla por el gobierno, sino aceptado por las fuerzas políticas que se plantean como alternancia) pasa por ver cómo, en respeto a la voluntad y necesidades de las grandes mayorías, se revivifica y nutre de savia popular al sistema democrático parlamentario. El porvenir de la democracia moderna está en la organización y en la participación de las grandes masas populares. Democracia de masas, democracia organizada en su pluralidad constitutiva, quiere decir *una red de instituciones que articulen la relación permanente entre la sociedad civil y el Estado*, que permita volver al hondo y permanente concepto de la política como acción participativa y colectiva. La falta de participación es una forma de apatía provocada. La sociedad no está despolitizada: la política está desocializada, ha perdido su contenido social y no por descuido o ingenuidad.

Estos principios no son nuevos, pero conviene recordarlos cuando la enorme carga de insatisfacción colectiva se canaliza hacia estructuras políticas que de antemano al reafirmar la vigencia del "modelo económico", objetivamente ofrecen una alternancia gatopardista o cuando imaginamos políticas de "centro izquierda" dentro de estructuras vacías y deslegitimadas.

III

Los nuevos sujetos sociales

En el seno de las sociedades democráticas -y también en aquellas donde el autoritarismo no ha podido evitarlo -se ha ido generando una *cultura democrática de la cotidianidad*, con formas de conductas generadas en las dimensiones moleculares de la sociedad, que estimulan el surgimiento de potenciales contenidos en la diversidad, generalmente, poniendo en cuestión los discursos dominantes.

Ello ha permitido la existencia de sociedades civiles más consolidadas, lo que resulta fundamental, ya que la única garantía en la observancia general de los derechos de los ciudadanos, está en la solidez del entramado de la sociedad civil y de sus articulaciones, capaz de poner frenos a los avances del autoritarismo encarnado en el poder estatal, como gendarme asegurador de las desigualdades sociales cada vez más profundas en su brecha...

En América Latina (en otras latitudes el fenómeno coexistente tiene similares sino idénticas características) la desarticulación de los proyectos políticos de los años 60 y 70, y la brutal represión social, dieron lugar -paradojalmente- al nacimiento de nuevos espacios de participación y fortalecimiento de los derechos sociales, en contraposición al vacío de formulaciones políticas que los contuvieran. Al mismo tiempo, son una respuesta a la exclusión que el Estado moderno y las concepciones neo-liberales y globalizadoras, hacen de buena parte de la población, precisamente, sus sectores más subalternizados.

Se ha dicho con razón, que ante la despolitización del Estado, implican gérmenes de repolitización de la sociedad, generando nuevos microespacios de defensa y confrontación. Tal vez por ellos, la raíz, de estos nuevos movimientos sociales, es más directamente política que económica. Han aparecido tantos movimientos como conflictos hay en la sociedad.

Estos movimientos se caracterizan por su ya señalado carácter defensivo y al mismo tiempo por que su objetivo no pasa por ocupar los espacios tradicionales de la política ni aspiran a la

conquista del poder: su acción tiende a afectar al Estado y arrancarle reformas democratizadoras y puntuales, de allí su carácter autónomo en relación a las estructuras partidarias, incapaces de dar respuestas concretas a la universalidad de demandas del conjunto social. Los mismos ponen en cuestión la insistencia de los Estados y partidos políticos en el monopolio de la representación de lo social.

Suelen presentar características difusas en lo organizativo y hasta limitadas vigencias temporales, y señalan procesos y tendencias, más que realidades acabadas. Tienen un carácter cívico y cultural, que en la mayor parte de los casos, como ya he apuntado, está más ligado a la identidad social de sus actores que ha reivindicaciones económicas directas (aunque si en forma indirecta, ya que las mismas pueden emerger de un mayor reconocimiento de sus actores y de su *género*, en la estructura social).

Los movimientos específicos sobre derechos humanos, indigenistas, ecologistas, feministas, de defensa del derecho a una sexualidad diferente, de vecinos por problemas locales, de los desocupados y sin tierras, juveniles, grupos culturales, etc., (generalmente con una composición *policlasista*) muestran esta realidad creciente en América Latina, constructivos de nuevos sujetos de derecho, que encierran aquella exigencia de una ampliación democrática del Estado.

Su lucha, a partir de una revalorización de la democracia, se inscribe en posibilitar un nuevo marco institucional donde no sólo puedan hacerse presentes los intereses y metas de ampliación ciudadana y de participación política de los movimientos sociales, sino también que permita el impulso de nuevas políticas progresivas y emancipadoras (Por esto, tal vez, es común en ellos encontrar a viejos militantes políticos de los años 60 y 70, que han encontrado un nuevo cauce para sus inquietudes frente a las injusticias del modelo y sus irritantes desigualdades).

A su vera también, han ido desarrollándose, las Organizaciones No-Gubernamentales (ONGs), expresiones de las socieda-

des civiles, que han adquirido personalidad jurídica y que hoy ocupan un espacio de singular importancia en la propulsión del avance del derecho internacional y del derecho humanitario y a la vez, en la cooperación, vigilancia y crítica del accionar de los Estados.

Ello no implica negar la posibilidad generadora y receptiva del Estado y de las fuerzas políticas. "Seguramente las posibilidades de una democracia más plural -o sea con capacidad de reconocimiento a un mayor número de actores y de abrirles un lugar en el sistema de toma de decisiones- y más sustancial -en cuanto a plasmar valores consensuales y a tener resultados materiales redistributivos- se juegue en la existencia de ese campo compartido de acción sobre el marco institucional, aunque no deben descartarse acciones superadoras de una democracia restringida o estrictamente liberal promovidas en el seno del propio sistema político propiamente dicho ("El Estado y el sistema de partidos", Fernando Calderón/Mario dos Santos).

Esa exigencia social, deberá llevar a los partidos políticos a reformular su discurso y su práctica política. Pese a que el espacio del movimiento de nuevos sujetos y actores colectivos, es específico de lo social y no de la geografía del Estado, lo que está en juego es una nueva manera de relacionar lo público y lo privado, y el sentido final de la acción política. A partir de allí no podrá dissociarse la política y la democracia, de la solidaridad y los derechos humanos; aunque se abra un campo de disputa sobre el alcance de aquellos proyectos, con sus esfuerzos mutuos de autonomización y de subordinación del contrario.

Las formas y los contenidos de la democracia se construyen en el proceso histórico, con la confrontación de diferentes modelos entre actores que otorgan distinto significado a sus prácticas. Avanzar en el camino de la democracia política implica necesariamente una transformación del escenario de la acción, la redefinición de los actores y oponentes, así como del sentido de las luchas.

Este parece ser el camino que las sociedades han elegido para reconstituirse políticamente y enfrentar los proyectos de la barbarie moderna, que amenazan el futuro de la Humanidad. Camino complejo, espontáneo, múltiple, cargado de bifurcaciones y retrocesos, cuando no de esfuerzos estériles, pero a la vez el más idóneo, porque tiene en sus gérmenes constitutivos los principios democráticos de solidaridad y respeto de los derechos humanos y nace precisamente, del propio tejido social.

Quienes sentimos el compromiso irrenunciable con aquellos valores sumándonos al trabajo en las distintas prácticas sociales, debemos perder aquellos viejos tics vanguardistas, pero conservando el oído bien atento para auscultar las voces múltiples de estos sujetos sociales, erradicando de nuestro diccionario, el carácter peyorativo con que revestíamos a las palabras "seguidismo" y "espontaneismo", alimentando una soberbia que la historia, implacable, hizo añicos.

IV

Desde ya que ninguna de las reflexiones precedentes invalidan la hondura del trabajo comentado, lleno en ambos textos, de valientes y profundas reflexiones que son en germen *un manifiesto por los derechos de la humanidad*.

En todo caso, Alberto, estos comentarios, no tienen otra finalidad que incitarte a clavar más hondo el escápelo, aunque nos duela en el corazón.

Fraternalmente
Eduardo Luis Duhalde

INDICE

Alberto Kohén el buscador de pistas.....	3
Sobre Edgard Morin.....	7
Comentarios de un texto para una nueva política de izquierda.....	9
Del libro UNE POLITIQUE DE CIVILISATION.....	17
Proyectar desde la izquierda.....	47
Manifiesto del siglo XXI.....	61
Comentario crítico de Eduardo Luis Duhalde.....	67

Los Libros de Tesis 11

- **URSS/Comunidad de Estados Independientes ¿Hacia dónde?** A. Borón - G. Paz -1. Gilbert - L. Rotzichtner
- **La Revolución de Octubre sin mitos**
- **Desarrollo desigual en los orígenes del capitalismo.** Carlos Astarita
- **Gramsci. Estudios periodísticos de L'Ordine Nuovo**
- **Acción psicológica, praxis política y menemismo.** Francisco Linares
- **N. Jruschov. Revelaciones. Selección de testimonios**
- **China. El ideograma socialista.** Norberto Vilar.
- **Repensando el socialismo. Enfoques a partir de un caso puntual: Checoslovaquia.** Jorge Bergstein
- **¿Qué ha muerto y qué sigue vivo en el marxismo?** Adam Schaff
- **A pesar de todo. Una mirada crítica desde la izquierda.** Juan Gervasio Paz
- **Un Nuevo Programa Económico de Cambio Social.** Paul Boccará y Carlos Mendoza.
- **El Porvenir del Socialismo. A 150 años del Manifiesto Comunista.** Alberto Kohen.
- **Filosofía, praxis y socialismo.** Adolfo Sánchez Vázquez
- **Autoritarismo, personalidad y los naufragios de la izquierda.** Francisco Berdichevsky Linares
- **España.La guerra civil y los silencios.** Alberto C. Portas Gómez

Los Cuadernos de Tesis 11

- **LOS NUEVOS METODOS DE GESTION PARTICIPATIVA EN EL CAPITALISMO - Mauricio Balestra**
- **LOS LIMITES TEORICOS DEL CAPITALISMO EN LA SOCIEDAD AUTOGESTIONARIA - Carlos Mendoza**
- **REFERENTES CONFLICTUALES DE LA REFORMA CUBANA - Gilberto Valdés Gutiérrez**
- **LOS DESAFIOS DEL FUTURO. TRABAJO Y POLITICA**
C. Mendoza - J. M. Lanao - M. Balestra - F. Berdichevsky Linares - L. E. Córdoba

Se terminó de imprimir en agosto de 1999 en **Stilcograf S.R.L.**
Pujol 1046/52 Buenos Aires

El libro que nos presenta Alberto Kohen tiene tres trabajos propios que pueden y deben ser leídos como uno solo y una transcripción sintetizada de **A la búsqueda de los fundamentos perdidos**, de Edgard Morin. El volumen se abre con una introducción de Kohen sobre los **Comentarios para una política de izquierda**, el texto de Morin. Cierran el libro **Proyectar desde la izquierda** (enero de 1999) y un bello **Manifiesto del Siglo XXI**.

De cualquier modo Kohen, como en el caso de los clásicos, puede ser abierto desde cualquier página, pues sus trabajos, en la última década, lo presentan como un persistente buscador de pistas.

Y él lo admite con variadas reflexiones donde el común denominador es su resistencia al absurdo, a lo obvio, a lo taxativamente superado.

Kohen dispara su pensamiento a partir de haber experimentado caminos y también encontrado vías sin salida. Busca cambiar, pero también se revela conservador, pues no ha mutado en su Norte: así lo asume en su **Manifiesto...** donde entreteje su esperanza por un mundo mejor, "que aunque no sea tan perfecto como se pensaba, será por lo menos mejor". O sea, un buscador de porvenires humanizados.

Ahora, cuando se produce esta espectacular transformación en la bisagra del siglo XX y XXI, Kohen insiste en marcar posiciones, en no permanecer sin decir lo suyo.

Sin duda son muchas las instancias que inundan este siglo tumultuoso, tan brillante como ominoso. Siglo con tan grandes conquistas científicas y culturales como agujeros negros sintetizados por palabras como fascismo, guerra civil española, procesos de Moscú, Munich, Auschwitz, apartheid, Hiroshima, Vietnam, gulag, refugiados, desaparecidos, exclusión social.

Kohen indaga en esto y busca el cambio de la conciencia en un tiempo de tormenta. Trata que ésta surja de una profunda reflexión, evitando la desesperación o el absurdo al que apelan, probablemente con honestidad, otros buscadores.

